

La ingenua enamorada de la libertad

Teresa Hamel me pidió que le hiciera el prólogo a un **Viaje de agrado con una ingenua a cuestras**, porque le gustó el que escribí para su antología de cuentos **La cien ventanas** (La Noria, Santiago, 1992). Decidió corregir el texto para una reedición. Íbamos a Reñaca y volvíamos transportando el diccionario de la RAE, manuscritos, papeles surtidos. No se conformaba nunca tomaba apuntes en pequeños papeles. Como me lo dijo muchas veces, había cifrado grandes esperanzas en estas crónicas que escapan a todo encasillamiento.

Después de años, he retomado el abandonado archivo. Me alegro de haber guardado y redactado todas las notas de Teruca sobre éste y el de **Reñaca**. El haberlo guardado permitió que su hijo Andrés del Campo pudiera publicar tan sabrosas crónicas.

La primera vez que Teruca me invitó a su casa, fuimos con Yerko Moretic que la adoraba y con el poeta Armando Cassigoli. ¡Qué domingo más feliz! Me regaló una maceta de ciclamen de su invernadero y yo admiré una instalación preciosa que ella estaba preparando para la vitrina de la Ville de Nice, porque en ese tiempo trabajaba en eso.

En los años muy duros después del golpe, la acompañé y recorrimos muchos caminos en su auto, un miniaustin, creo. Yo admiraba su maestría al volante.

No sé qué habrá pasado con cuaderno de collages que hicimos y que tuvo oportunidad de ver el cineasta Sergio Bravo (Premio Altazor). Hasta en los momentos más negros, Teruca desataba su humor y picardía. La acompañé a la cárcel; estuve con ella cuando reunía cosas para los escritores presos o sus mujeres; no vaciló en pasarle a una de ellas su máquina de coser, en prestar a otro, la máquina de escribir. Todo esto lo hacía con eficiencia, en silencio, sin comentarios.

Muchas veces compartimos veladas con Matilde Urrutia que en esos días no tenía más amiga que Teruca, prueba de ello es la novela estupenda, pero injustamente borrada del mapa literario, **Leticia de Combarbalá** (Argos, 1988). En este libro está patente la presencia de Neruda. Tal como testimonió: "La vigilancia a LaChascona fue abrumadora ese día del velorio y más aún a la mañana siguiente durante los funerales. Corrían de un lugar a otro motos de Carabineros, había jeeps militares apostados en la esquina de calle Márquez de la Plata con soldados armados hasta los dientes". ("La Nación", 23 de septiembre de 1990)

"Reñaca" fue su último empeño cuando ya estaba enferma, junto con la revisión de **Viaje de agrado con una ingenua a cuestras**.

Cuando se cansaba de dictar o deletrear sus notas dispersas en infinidad de papeles, era un placer ir con ella al cine, su agudeza y sensibilidad permitían la más sabrosa charla luego de ver alguna película.

Estaba empeñada en publicar todos sus trabajos y se empeñó en que revisáramos todos los cuentos y los corrigiéramos para una reedición. Era terriblemente exigente consigo misma y no se cansaba en su afán de hallar la palabra justa, así que el diccionario era nuestro compañero de viaje.

Su espíritu solidario no la abandonaba jamás, se entusiasmó cuando yo estaba escribiendo la novela **Balmaceda, varón de una sola agua** y me llevó a Placilla, a los lugares donde se suponía acampaban o combatían los dos bandos. Recorrimos palmo a palmo el sitio donde estuvo la posada de Ña Mica; fuimos el cementerio de Concón donde quedan los últimos vestigios de las tumbas de los anónimos caídos en la guerra civil del 91. Cada vez que pasábamos ante las centenarias palmeras conconinas, me decía: "están incrustadas con balas de esa guerra..."

Cuando entregué a la doctora Marcela Prado Traverso, parte de mi biblioteca, destinándola a la Cátedra de Género de la Universidad de Playa Ancha, le di también los libros de Teresa Hamel, creo que su obra completa, casi todos dedicados, y le comentaba cuán injusto era que no se hubiese valorado aún a una escritora tan valiente, original y de personalidad tan definida. Ella fue una de las voces que surgieron de lo que hoy es la Quinta Región: cantó y contó su puerto de Valparaíso, la entrañable Reñaca, la elegante Viña del Mar. Provenía de una familia dueña de tierras, pero su compromiso con el socialismo la hizo observar y criticar agudamente las profundas injusticias y segregaciones sociales.

Bastante rato perdida en las sombras, Teruca murió a fines de este verano de 2005, pero ella no olvidaba nunca que nació un domingo de Gloria.

Se caracterizaba por su belleza, su gracia, humor y eso que nuestro pueblo llama ser "liviana de sangre". Es de esperar que la juventud la descubra y la valore como se merece. Todos sus escritos permiten apreciar el sabor de su prosa, su sentido crítico, su riqueza de contrastes.

Al releer **Viaje de agrado con una ingenua a cuestras**, impresionan su originalidad y agudo sentido de observación, a parejas con el del humor: ella puede captar escenas verdaderamente surrealistas:

“Asomada al corredor, aguaito hacia la casa de enfrente y en un dormitorio atisbo a una veterana en una mecedora que se enjuaga los pies en un lavatorio. Un adolescente se los jabona. De pronto la anciana interrumpe su balanceo y hace una seña autoritaria al muchacho. Ante mi asombro, él le levanta uno de los pies y le chupa cada uno de los dedos. Ella, dichosa, canturrea. Enseguida repite la operación con el otro y se los seca con una toalla. La veterana se ata un par de globos en los tobillos y comienza a abanicarse. El muchacho se incorpora, va hasta un armario de donde extrae palillos y lana, se sienta en un piso de totora junto a ella y principia a tejer.”

Su inagotable amor por las fiestas tradicionales resalta en su admirable versión de la Tirana:

“Los bailarines se agachan, se incorporan, saltan, se contorsionan, se encucillan, juntan, estiran los pies, nadie pierde el ritmo en ese baile desesperado, truculento, atlético. Se esfuerzan porque su danza resulte la más perfecta y atractiva. Una virgen en un velero, la pasean a la carrera, tras ella van los chunchos con sus altos cucuruchos de vistosas plumas. Las llameras bailan en un círculo obedeciendo al son de la campanera. Se detienen, unen las huasquillas tejidas y las hacen girar agitándolas. Destella la plata de las cucharas que aprisionan sus pechos. El colorido múltiple de las faldas se esparce y se cierra como pétalos. Tongos. Capas. Globos de papel multicolor se elevan lentamente, suben enormes flores que van hacia la luz.”

No menos impresionante resulta su testimonio sobre la vil depredación de los tesoros arqueológicos de los kunza:

“De pie, rodeada de arena y de un desparramo de huesos y esqueletos, cráneos y tibias en un macabro desorden, y de tanta tumba profanada, saqueada, me sentí confundida. Sin embargo, ante la perspectiva de desenterrar un misterio, atraída poderosamente hacia un sitio determinado, dije: "Aquí". Socavamos como ochenta centímetros de profundidad hasta que apareció el trapo rubio tostado con listas oscuras de lana de huanaco, atado con una cuerda también de lana. Lo sacamos intacto. Una extraña emoción me alteró. ¡Qué poco pesa el hombre! El saco ya afuera se redujo a un bultito envillado: apenas alcanzaba el metro. Al abrirlo, hallamos otro saco de hilado más fino que el anterior sin listas oscuras, que hacía de mortaja.”

Un aspecto desconocido de sus innumerables inquietudes e iniciativas creadoras queda de relieve cuando habla del ballet que iba a crear con destacados artistas nacionales:

“Proyectaba un ballet inspirado en los bailes de Andacollo, en su leyenda y en su música. Había creado el argumento y parte de la coreografía la planeé junto a Ruby D'Ottone, quien poseía capacidad para ello. El compositor Roberto Falabella escribió la música.”

Roberto Falabella (1926-1958) brillante músico y humanista chileno del siglo XX, que en su breve e infortunada vida, pues era cuadraplégico, compuso más de sesenta obras, algunas inspiradas en las fiestas de La Tirana y Andacollo, con el cual Teruca compartía inquietudes y afinidades.

Este viaje por Chile, la busca de la semilla, el afán de defender al humano y a la naturaleza, revela que cuando Teresa Hamel se llama a sí misma *ingenua*, y pudiera pensarse de buenas a primeras, que esta palabra significa algo así como cándida o incauta, usa una palabra cuyo origen corresponde a “nacida libre”.

Reiteramos que constituye rasgo esencial de su obra: la asunción de la rebeldía y, a través de ella, la reafirmación de la libertad y el desafío a la muerte.

Virginia Vidal.

Santiago, octubre de 2005.

**UN VIAJE DE AGRADO CON UNA INGENUA
A CUESTAS**

T e r e s a H a m e l

VOY A PUBLICAR UN LIBRO

21 de mayo de 1953

— Necesito publicar "Raquel Devastada".

— Anda a los editores.

Como una idiota me los recorrí uno por uno, pero ellos...

— ¿Cuentos? Nadie lee. Dejó de ser negocio. Escriba una novela.

Pero yo ansiaba editar "Raquel Devastada" (1¹), así que pedí presupuesto. ¿Dinero? Escaso. Debía financiarla.

— ¿Qué hago?

— Viaja a Arica.

Deslumbrante idea, pero ¿seré capaz de pisar las tiendas, con lo que detesto comprar?

— Si otras lo hacen, ¿por qué no tú?

Impensadamente resolví ir a Arica, convertirme en contrabandista, como la mayoría de las elegantes conocidas.

Harta de recorrer negocios, necesitaba tanto de los árboles.

Pasé por la compañía aérea y allí encontré al Regidor a quien ya había conocido, hombre sociable, servicial, buen mozo. Al enterarse de mis

¹ 1. "Raquel Devastada" Cuentos de la autora publicados por Editorial Universitaria en 1959

sinsabores, de inmediato me convidó al valle de Azapa y sin titubear acepté. En ese entonces el paisaje se veía bastante arruinado, uno que otro plátano y olivos con aceitunas inmensas. Se percibe un río subterráneo, pero en general prevalecían la desidia y el abandono.

El Regidor se declaró un entusiasta admirador de la literatura y el que yo fuese miembro de la Sociedad de Escritores lo deleitó. Me invitó a un restaurante al aire libre con orquesta y como tanto el maître como los mozos eran adictos del Regidor. La orquesta pulsó un alerta. El público aplaudió. El Regidor se incorporó e hizo una venia. Los mozos se le acercaron y yo quedé asombrada de tanta popularidad. La orquesta ejecutó un pasodoble que felizmente nos abstuvimos de bailarlo y él se declaró ser partidario del Criollismo, pero como quien se disculpa, confesó ser poeta. Los mozos arrobados contemplaban al Regidor. Sin duda, era célebre. Nos sirvieron unos camarones gigantes que me despertaron los jugos gástricos del contento. En eso, empezaron a rasguitar el banjo con un acorde, al comienzo del 'twist', se me empezaron a mover los pies. El Regidor entró en ritmo, me invitó a bailar y empezamos a menearnos al compás de la música. Inesperadamente los asistentes nos rodearon y palmoteaban riéndose. El Regidor se veía satisfecho; yo también me sentía alegre, y en seguida con inusitada sorpresa empezaron a tocar jazz:

"bailando charleston
charleston"

y como yo, de niña, lo había aprendido, me incorporé al unísono del Regidor, tan bailarín como Fred Astaire.

Apenas terminó, aparte de los aplausos, comenzaron a pedirle: "¡Que el señor Regidor recite!" Me uní al coro y él accedió y así fue como oímos el Poema de los Envidiosos, entre sentimental y cómico, que el público aplaudió a rabiar.

— ¡Nos vamos — decidió el Regidor —: se ponen majaderos!

¡Ah, Arica de veinte años! Poseía un patriarca, el doctor Juan Noé, que extirpó la malaria de la zona. En esa época era una ciudad rozada por la brisa constante de las palmeras, una ciudad sin vida, sin playas, con indios y tropillas de guanacos y llamas que bajaban al mercado. Sus hibiscos rojos, rosados y naranja permanecían abiertos como suspiros junto a las casas de

techos planos y a la iglesia de Eiffel. Disponíamos de ocasión para admirar los cerros cubiertos con inscripciones prehistóricas, visitar el Morro y para fastidiarnos con el olor a huano de la isla blanca de los pájaros migratorios.

En aquella oportunidad, presenciamos un desembarco de judíos provenientes de Europa que iban a Bolivia y conocimos a un israelita que trajo su fortuna en máquinas de coser. Quería ayudar a surgir a sus compatriotas vendiéndoselas a plazo.

Aquel israelita estaba empeñado en regalarme un corte de género, cosa que a mi madre indignó.

De continuo se contaba algo nuevo sobre ellos: las mujeres daban a luz en plena puna a mitad de camino; alguien moría del corazón.. Familias enteras se apiñaban por la noche en la plaza y en los escaños del mismo hotel. Fue mi primer contacto con los judíos. Tal vez por eso les tengo simpatía.

Después de 1938, volví a pasar por Arica al regreso de Europa, en 1949. El 'Reina del Pacífico' se detuvo algunas horas y de nuevo olí los aromas tropicales, los floripondios y el aire húmedo, pegajoso.

En 1954, de regreso de Bolivia, estuve un par de días. Gabriela Mistral en ese instante dejaba Chile. Los niños, embarcados en botes, la despidieron con rondas de flores en el mar. Ya existía comercio. Un comercio oculto en casas particulares. Ahora es una Arica corrupta. Como en todo puerto libre, impera el robo y el oportunismo. Lejos de poseer el misterio de Panamá, Tángier o Shanghai, permanece con su misma edificación pobre, sin flores ni verdor. El valle de Azapa, otrora un vergel, y el valle de Lluta, totalmente descuidados. Conscriptos del ejército cavaban un canal para el río Lauca.

Sólo cuatro edificios de importancia: el Tacora, el Richard y dos en Veintiuno de Mayo. En la plaza, al otro lado del Morro, han construido una hostería, la única cosa hermosa en esta ciudad carente de vida cultural, cuyos príncipes son los comerciantes.

En Chinchorro crece una población cuya arquitectura es agradable y será el mejor barrio de la ciudad. Ese sector está destinado a la industria. Existe una docena de fábricas. En oposición a ese progreso urbanístico, cerca del estadio germina una población callampa construida con envoltorios de

mercaderías. Desde lejos brillan los aluminios de colores, los envases de cartón que con maestría forman verdaderos hongos donde viven los obreros de la construcción. Resulta increíble una población callampa de tal miseria, ya que en Arica entran millones de pesos y las autoridades indolentes, sin ninguna iniciativa por remediar ese desamparo, pero de esto hace ya bastante tiempo... Espero, ya lo habrán solucionado.

Ahora, cinco años después, quisiera volver al inmenso galpón junto al mercado que alberga miles de kilos de lana de guanaco ensacada, sólo para contemplar las manos indias trabajando en apartar el vellón. Es un rudo contraste. En medio de collares de perlas cultivadas, máquinas, televisores, sedas, marfilina de Taiwán y todo lo artificial del mundo, la miseria de estas nativas de trajes desteñidos, mirada impávida, humildad desconcertante que, sentadas por el suelo, trabajan mudas. Eso fue lo único que descubrí de auténtico, de americano. Esa lana, única en la tierra, cosechada y seleccionada por manos indígenas, estaba destinada a enriquecer las colosales industrias textiles del extranjero.

— ¿Ve? — me dijo un indio humilde—: antes hilábamos a mano nuestros tejidos de alpaca y vicuña, ahora ni siquiera una hebra queda en el país...

IQUIQUE

13 de julio, 1953

Un día de invierno decidí volar al Norte Grande. El sol, el mineral, la pampa tersa y compacta, me atraían con su misterio inmutable. El recuerdo vago de un remotísimo viaje en automóvil a través de casas de calamina devastadas de esos pueblos. La soledad del Norte golpeó de algún modo especial mi sensibilidad: sólo los perros. Jaurías ladrándoles a las ruedas de los vehículos.

— ¿Cómo viven? ¿De qué se alimentan? — recuerdo haber preguntado.

— ¡De guarenes!

Iquique teñido de buganvillas, con sus muelles, lanchones, contrabandistas, chinos enigmáticos en su oscuridad y chonchones de carburo humeantes me aguardaba.

Juanito Uribe Echeverría, profesor de castellano del Instituto Pedagógico, pelado incipiente, barrigudo, llegó a recibirme con dos cuadernos bajo el brazo y su versátil simpatía.

Me acompañó hasta un hotel viejísimo, sin duda esplendor de otros años, pues conservaba importantes escaleras y espejos dorados que me hicieron evocar a Sarah Bernhard: "¡Si no me dan un rayo de luna, no trabajo!" fue lo primero que planteó en la Comedia Francesa (2). Llegó a Chile en el vapor 'Cotopaxi' en cuyo mástil ondeaba un gallardete rojo con el nombre de la actriz bordado en oro. Arribó a Lota donde la recibió don Carlos Cousiño, dueño de las minas de carbón. Los mineros la pasearon en gloria y majestad durante aquellos días. Encontró en el Parque de Lota "un verdadero edén". Triunfal fue la acogida en Valparaíso: allí fue traída a tierra por la falúa de gala del resguardo. En Santiago se hospedó con los cuarenta y dos miembros de su compañía en el Hotel Central y los más notables intelectuales, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, Rubén Darío, Pedro Balmaceda Toro,

alabaron su arte. Doña María Luisa Mac-Clure de Edwards le obsequió una sortija de brillantes. Vestida de amazona concurre a las ramadas del Valparaíso Sporting Club. También Talca e Iquique supieron de la actuación de quien fue considerada "gentil embajadora del arte francés". La más grande actriz del siglo había nacido en París el 23 de octubre de 1844, hija de una mujer de origen judío y de un marino francés que no la reconoció. En Chile tenía un tío, don Eduardo Kernbernhardt, propietario del Hotel Colón de Valparaíso. En 1915, le amputaron una pierna, pero la cojera no le impidió seguir actuando y haciendo giras por Europa y Estados Unidos. Visitó las trincheras durante la segunda guerra mundial y participó en diversas actividades para ayudar a los soldados franceses. Cuando estuvo en Iquique —señala Mario Cánepa Guzmán—, entonces esta era "una próspera provincia a la que arribaban compañías famosas para actuar únicamente en sus escenarios y luego volverse a Europa".

Por este hotel desfilaron enriquecidos mineros, elegantes prostitutas adornadas con plumas de avestruz y lujurioso escote. El juego y el champaña serían el pan de cada día. En cambio ahora, sentados a una mesa vecina almuerzan un hombre vigoroso y una joven, sorprendentemente fea, horrible adefesio vestida de tafetán azul eléctrico bordado con hilos dorados, y una anciana gorda, morena, de rasgos finos, con trenzas amarradas por flecos a la espalda. Luce anillos de oro en cada dedo, chaleco café, blusa de espumilla rosa damasco, larga hasta la cadera, adornada por un vuelo. La falda, amplia, empabilada, repolluda, casi no le tapa la rodilla. Apenas conversan, mientras yo leo el diario "El Despertar".

Me aburro. Salgo a la calle, me siento en la plaza, contemplo la aduana, sobria, colonial, el puerto con su embarque de minerales y las lanchas atuneras y, a falta de máquina fotográfica, boceto un deficiente apunte de los balcones que ribetean las casas como a la espera de bulliciosos desfiles: Iquique fue centro y vida de la Guerra del Pacífico, sangre y corazón de la República, no obstante sus calles permanecen desiertas. Un chiquillo pasa vendiendo floripondios con buganvillas en el centro, y desaparece.

Cuesta pensar en el deterioro de Iquique, como si éste fuera el último y más desgraciado pueblo del territorio. Por las noches sin luna hay que caminar a tientas, hace años se descompuso el motor generador de electricidad y hasta ese momento sigue igual. Regreso al hotel: un caserón vacío abierto a una calle igualmente vacía. Ignoro por qué el profesor hizo esta elección, debe ser porque es amigo del dueño.

— Escasean los brujos — me dice aludiendo a un medium que acaparaba la atención del pueblo y que ocupa el hotel vecino.

— ¡Pero es una lástima! —lamento, deseando con ansias fabricarme uno.

Asomada al corredor, aguaito hacia la casa de enfrente y en un dormitorio atisbo a una veterana en una mecedora que se enjuaga los pies en un lavatorio. Un adolescente se los jabona. De pronto la anciana interrumpe su balanceo y hace una seña autoritaria al muchacho. Ante mi asombro, él le levanta uno de los pies y le chupa cada uno de los dedos. Ella, dichosa, canturrea. Enseguida repite la operación con el otro y se los seca con una toalla. La veterana se ata un par de globos en los tobillos y comienza a abanicarse. El muchacho se incorpora, va hasta un armario de donde extrae palillos y lana, se sienta en un piso de totora junto a ella y principia a tejer.

La veterana (sólo en ese instante le advierto descubierta la espalda) se incorpora de su asiento, siempre con los globos atados, va hasta el armario y trae una fuente con merengues, la instala en su falda y se dispone a devorar. El muchacho estira su mano por sobre las rodillas de ella y saca un merengue.

— ¡Me fastidias! — grita la anciana—. ¡Trae el auto!

Y acto seguido se levanta. Como el muchacho continúa impaciente tejiendo, ella da un puntapié al piso, el impulso obliga al chiquillo a dejar el asiento.

"Saldrán de paseo. Se terminó mi entretención" me digo, dispuesta a retirarme del corredor. En ese momento, la veo de regreso con sombrero y maletín, pero he aquí que el muchacho aparece con un auto de juguete.

Apenas entra, la anciana se sienta al volante. El muchacho empuja el vehículo por la habitación hasta que ella comienza a pedalear y, radiante de dicha, toca la bocina.

El muchacho se ha acercado a la ventana y al sorprenderme espiondo, la cierra de golpe. Puedo distinguir como a través del visillo continúa mirándome.

— Enfrente tiene a una loca — digo al dueño del hotel apenas lo veo. Nada me responde.

— ¿Ignora a la loca? — insisto.

— ¿De qué loca me habla?

Se lo explico. Se hace el leso.

— Si quiere ir a La Tirana, mañana la pueden llevar.

— Gracias, pero yo subiré a la pampa en autobús.

Los automovilistas, como la loca y yo, transcurren la mayor parte de sus vidas aislados. El contacto con la masa popular se pierde, la sensación de sociedad disminuye y se empobrece el sentimiento de fraternidad.

Quiero intrusearlo todo. La señora Chárate cultiva un jardín extraordinario donde el color, el tamaño de las flores me llenan de asombro. Los cartuchos, los pajaritos, los alhelíes, los nardos blancos, las clavelinas aroman la brisa. Además posee una arboleda digna de rivalizar con las de Puerto Montt.

Voy a Cavancha en bicicleta. Siempre revolotean sobre las fábricas de conservas que envasan delicias del mar como ostiones, sardinas, atún, las gaviotas, guayanes y alcatraces. La playa limpia, ni una ola más alta que la otra, tibio el mar, delicioso, demasiado delicioso, atestada de militares (hay siete regimientos), con una enormidad de ellos tendidos bajo el cálido sol, soñando con el sur.

Salgo de pesca amarrada con un fuerte cinturón de cuero para no ser lanzada a las olas, pero, por supuesto, ningún atún, ni albacora asoman y regresamos quemados y exhaustos. En la playa, el congrio negro, el lenguado, la corvina, la paniagua, se burlan de mí. Para mi consuelo, saboreo unos erizos mientras los niños sacan almejas.

Me gustan el olor a mar, las algas, conversar con los bolivianos. Ellos bajan en camiones desde Oruro, traen maní, cacao, dulces de colores, pintarrajeados canastos, frazadas multicolores, quinoa, azúcar morocha, pasas lisas y regresan con pescado fresco. Extraño negocio. Devorar cientos de

kilómetros por un mal camino, bajar desde mil setecientos metros al Pacífico para llevar sólo pescado fresco, me parece singular, pero al mismo tiempo me preocupa. ¿Dónde está la coca? ¿Qué hay tras ello?

En 1976, volví a Iquique. Me alojé en calle Thompson, Residencial Nan Kin. Pedían \$ 39 por persona. En el mercado almorcé ceviche de pescado y una carbonada de lapas, exquisita, acompañada de vino navegado. De Iquique a Pica me cobraron \$ 24. ¡Qué increíble!

Iquique después de veinte años está limpio, iluminado, con sus casas pintadas lucen más graciosas y se destaca su arquitectura caribeña. Antes el camino a Cavancha era un peladero, hoy día han construido numerosas poblaciones, pero ¡ay! el alarife antiguo, propio de los climas tropicales con sus corredores y azoteas, balaustradas fue olvidado y así perdió el carácter de ciudad tropical. Hay numerosos plátanos y palmeras. La calle Baquedano es una belleza, se parece a Panamá viejo. En la calle Tarapacá donde estuvo la Filarmónica, hoy es el Club Italiano.

Las empresas pesqueras constituían una fuente de ingresos importante para el país y trabajo para los iquiqueños, pero han disminuido notablemente. La Junta de Gobierno decretó Zona Franca y funciona una bodega con algunos televisores, relojes, máquinas de escribir y tocadiscos en las vitrinas.

LA TIRANA

Dice la leyenda que en aquel lugar vivía la Tirana, una joven cacica inca. Sus súbditos la adoraban como a una diosa. Según una versión, llegó a sus dominios un sargento portugués. El portugués la vio y la amó. Correspondióle la cacica. Ella quiso casarse según los ritos del Sol. Los sacerdotes se opusieron. La cacica hizo matar a los más tercios. Los otros se rebelaron y la encerraron condenándola a muerte junto con a su enamorado. Antes de ser asesinados los amantes, él portugués bautizó a la cacica. Y hasta el día de hoy, de todos los rincones del norte acuden a La Tirana a rendir homenaje a la Virgen del Carmen, pero muchos ven en ella a la princesa inca.

No bastaba caminar por las calles oscuras, de toda orfandad, debía subir al alto, salvar el brusco acantilado, ir páramo adentro, hacia la desolada pampa. Así fue como en el mercado, junto a la yerba luisa, a las guayabas y a la melcocha, trepé al autobús 'El Fakir'.

Los pasajeros iban alegres, se abanicaban, reían a pesar de la incomodidad de las bancas.

El autobús se puso en marcha, piteó como los barcos, dando repetidas vueltas al mercado: por fin, se encaramó cerro arriba.

Corríamos por una huella de siglos que se esfumaba en la camanchaca. Un montón de latas y botellas se precipitó encima: vestigio de "huelleros". Nunca la niebla supo más de la espesura que en la camanchaca de la pampa.

Los rayos del sol caían verticales, los espejismos se multiplicaban. Brillante la arenilla voladora en el loco viento liso.

Surge un archipiélago: norias encinturadas. Más allá, las demoliciones hacinadas en medio de las bodegas de calaminas mohosas de Santa Laura y Humberstone, cual carceleros, chupan la sangre, el suelo, el aire. Un calichero. Rostro cetrino, pómulos salientes, ojos agudos, negros, estirados. ¿Cuál es su origen? ¿Cómo se llama? ¿Es el caliche el que le da la vida? ¿O él le

da la vida al caliche? Sin duda es esto último, pues jamás divisé hombre gordo ni fofo, sólo músculo, nervio tenso, enjuto, piel tostada, mirada seria, consumida. Sigue el autobús robando horizonte entre el verdor metálico de los cerros. Las oficinas paralizadas se suceden. Endilgamos a Pozo Almonte. Nuestro norte es el sur: el Salar de Pintados, pues desde allá se observan mejor las galaxias. Ariscos, espinudos, bosques de tamarugos cargados de tiempo y de polvo, salen a nuestro paso. Penetrando el salar, esquivando árboles, avanzamos a La Tirana. Desde la lejanía, nos llega el gemido de la pifilca y del tambor. En el círculo apretado se apiñan las pircas: corrales de adobe. Al centro del caserío, la iglesia sobre una explanada con un magnífico tamarugo a un costado.

Tengo sed. Un vendedor me pasa una naranja descolorida. Mis dientes desgarran la pulpa y descubro el jugo sabroso de Pica. Un charlatán se enrosca en el cuerpo una boa. Se balancea una mujer agitando sus brazos pesados de tatuajes. Peinetas, cintas, medallas, rosarios, camisas, pasas de Huaqui. Una guitarra. Toldos. Ocre, escarlata, amarillo. Caña partida sobre el color esmeralda. Cocinerías. Alfombras de Esmirna. Un sacerdote de sotana blanca dirige la algarabía.

Los adoradores danzan con frenesí. Repique de tambor, enarbolan las banderas. Se lamentan las puzas o flautas y las sanjas, tintinean las campanillas, aúlla el tambor, cruje la matraca. Cincuenta, cien comparsas invaden la plaza y la iglesia. Todos bailan acompañados de bombos, caja, acordeón y quena su propia música, ante su propia Virgen que lleva vestido al Niño según sea su comparsa: ya sea de chino, piel roja, laca o moreno. Los diablos con sus terroríficas máscaras con lagartos y culebras ocupan el primer lugar. Enseguida el estandarte y la Virgen del Carmen con el Niño en sus andas. Adelante, el cacique gobierna con su bandera chilena y canta un saludo a la Virgen relatándole los acontecimientos del año. Marca el compás con la bandera, la gira cuando corean el estribillo. Centellean los espejos en los gorros y en los culeros puestos al revés para taparse el trasero como delantales de cuero con espejos, al sol, las mostacillas. Los bailarines se agachan, se incorporan, saltan, se contorsionan, se encucillan, juntan, estiran los pies, nadie pierde el ritmo en ese baile desesperado, truculento, atlético. Se esfuerzan porque su danza resulte la más perfecta y atractiva. Una virgen en un velero, la pasean a la carrera, tras ella van los chunchos con sus altos cucuruchos de vistosas plumas. Las llamas bailan en un círculo obedeciendo al son de la campanera. Se detienen, unen las huasquillas tejidas y las hacen girar agitándolas. Destella la plata de las cucharas que aprisionan sus pechos. El

colorido múltiple de las faldas se esparce y se cierra como pétalos. Tongos. Capas. Globos de papel multicolor se elevan lentamente, suben enormes flores que van hacia la luz.

Las cuyucas forman entrelazados con figuras de sol, estrella, red, una doble fila, vara, triángulo, cruz, que son elementos de adoración ante el altar.

Los morenos, acompañados por sus correctores a ambos lados, se dividen en dos filas, se contonean, se agrupan, se separan. Con destreza se desplazan dando una voltereta en el aire, tocando el tambor bajo las piernas, para caer en cuclillas y proseguir su obstinada danza en el tiempo... El sol brincante en la pupila del bailarín al amanecer, declina y el hombre incesantemente danza. Su paroxismo desconoce el cansancio, el hambre, la sed.

Entro en la Iglesia. La Virgen del Carmen está sentada de costado con el Hijo sobre sus rodillas. Es una escultura clásica, sobria, de piedra blanca. En la nave los danzarines se esfuerzan con esmero. Retumba la madera del piso, tocan sus instrumentos, improvisan variaciones y sólo avanzan y retroceden en los estribillos, a una orden del caporal se retiran para dejar la siguiente comparsa cuando han concluido su saludo. Nada más auténtico como este sencillo homenaje.

Cansada, busco donde comer. Cien cocinerías improvisadas bajo tiendas ofrecen el mismo menú picante. En la conversación me entero de algunas cosas: "el picante acalora las tripas" y "los masones intentaban ponerles una inyección a los bailarines para que enfermen". Un moreno me pasa su matraca: una hermosa mariposa, otro me muestra la suya: un pescado. Si la puza está formada por seis cañas, se llama hembra; si por siete, macho; y si es armonía, la llaman marimacho.

Saqué muchas fotografías, pero Juanito Uribe, insaciable recopilador de cuanto a él le llegase a las manos, me pidió prestados tanto unos poemas que un poeta me regaló, como los rollos de las fotos, para decirme después que todas habían salido veladas.

Me encuentro con Margot Loyola y con don Carlos Isamitt que disfrutan del increíble espectáculo. Los padres Oblatos, Alí Babá, las pastoras, los diablos, españoles, chunchos, morenos, gitanos, pieles rojas, llameras, se ven por doquier. Es ya pasada la medianoche. Rendida me voy a casa de Carmen Choqui, ella nos hospeda en un largo dormitorio verde de diecisiete camas. La

mayoría son hombres. Algunos se visten, otros se acuestan o duermen. Una mujer revuelve sus ropas. Me tiendo. Entremedio de la caña partida veo el firmamento donde refulgen los fuegos artificiales y caen sobre mis ojos.

Al día siguiente, el énfasis se intensifica, las escenas se repiten. Sólo la procesión quiebra la monotonía loca. Al mismo tiempo que la Virgen cruza el arco de flores, echan a volar las palomas.

La luna nueva está roja. Me siento en el suelo con un minero de las azufreras, vestido de diablo, tiene mil relojes y contempla la procesión.

Salgo al desierto. Aún el crepúsculo enjuaga sus colores. Los tamarugos se han teñido de una tenue luz rosa cual espuma, las carpas tendidas en medio de chispeantes fogatas, la silueta de los hombres sentados en el solar se recorta contra el fulgor de la noche. Se goza de espacio, calma, apenas el gemido de las flautas y el viento que enreda de embudos la arena.

Atravieso los muros y nuevamente me encuentro con el bullicio en medio de esos hombres venidos de quizás cuantas soledades. Los bailarines han sido reemplazados por otros grupos danzantes alrededor de fogatas con linternas en las manos. Fuegos artificiales. Mil estrellas estallan confundidas. Así será durante tres días.

A la noche siguiente, bajo el vislumbre lunar en la acre sal, entre el rumor de las flautas, dejo La Tirana, esa cacica que asesinó a sus hermanos por defender a su amor portugués.

POZOALMONTE

Aturdida aún por la fanfarria de los tambores, parto a medianoche de La Tirana con la sensación inolvidable que deja el encantamiento, el trasfondo secreto y admirable de los ritos ancestrales.

En el autobús los pasajeros van silenciosos, sobrecogidos tal vez por el sueño, el cansancio, o por la extraordinaria belleza lunar asomada entre los tamarugos y que pronto se adueñará de todo el desierto.

Sigilosos, llegamos a Pozoalmonte. La calle solitaria e inhóspita parecía sórdida. Me informé con el único pasajero que descendió conmigo de las posibilidades de alojamiento.

— En la tercera puerta de la esquina, donde el chino.

Y junto con decírmelo desapareció, dejándome con mi bolsa y mi soledad espantada.

Golpeé la puerta y nadie acudía. Aguardé aún con desesperación y escuché unos pasos que se acercaban tranquilizándome. Un auténtico chino con una tenue bujía en la mano, malhumorado, en calzoncillos largos, entreabrió la puerta. Estuve a punto de retroceder, miré a la calle y tan hostil como su astro devorador me instó a empujar la puerta. Yo no solicitaba, rogaba me albergara en cualquier lugar de la casa.

El chino aceptó desganado y me introduje en las espaciosas estancias.

En un rincón de una inmensa pieza con claraboya y tocador yacía un catre de fierro pintado, cubierto por una cobija de raso rojo. Debajo de ella desperté al alba: dos hombres morenos, mineros sin duda, con el torso desnudo comenzaban a lavarse en el lavatorio de porcelana floreada. Yo, hecha un ovillo en la cama, contenía la respiración, fingía dormir, cuando en realidad alerta, con los nervios tensos, no perdía movimiento de los que tan minuciosamente se aseaban.

Apenas salidos de la pieza, me vestí rápido y pagué al tenebroso chino su alojamiento.

Pozoalmonde continuaba su eterno sopor. Una gorda con delantal y moño cohete ofrecía las manzanas más humilladas, deshidratadas y tristes que he visto en mi vida. Junto a ella, sentada en un banco de madera, aguardé el autobús para seguir rumbo a Mamiña.

MAMIÑA 1953

Por el Camino del Diablo llegamos a Mamiña, un pueblecito albo en lo alto de una loma, en plena cordillera.

El valle, fértil y angosto, se extiende en praderas de alfalfa, maíz, tubérculos. Los agricultores cultivan la tierra con el método tradicional de los indígenas: terrazas encerradas en pircas de piedra. Angostas las calles empedradas. Construidas con un pegamento de huano fermentado con cal las hace sólidas además de telúricas. Blancas y adustas las casas con su techumbre de greda y paja ichú. Una iglesia, la más estética que he visto en Chile, enaltece el decoro de este pueblo modesto. Pequeña, proporcionada, se deja admirar como una joya. Tuvo dos torres, se conserva una, cuyos arcos la alivianan. El pórtico es de piedra tallado y luego pintado turquesa con dibujos cándidos y graciosos, y tanto por dentro como por fuera impera la armonía de una belleza depurada. Sus santos, coloniales auténticos, testigos de los siglos, son de madera policromada. Un órgano primitivo de caña rústica completa su distinguida sencillez.

Las aguas de las termas, ricas en azufre, radioactividad y medicinas ignoradas, llegan a los baños en extraña ebullición. El hotel está repleto de pasajeros, estudiantes, madres con sus hijos, oficinistas cansados de tragar soledad, deseosos de interrumpir la monotonía de sus vidas. Quizás por eso reinaba tanta alegría cuando entré en el comedor. Cincuenta ojos me miraron y no me esperaba ningún cubierto en ninguna mesa. Un chico de doce años, moreno y risueño, se levantó de su lugar y me dijo:

— Siéntese con nosotros ¿quiere? —, bailantes sus ojitos.

¡Qué impacto produce la simpatía! Me senté a aquella mesa y me puse a conversar animada por la afectuosidad increíble de la madre, de la amiga, de la sobrina y del chico que apenas lo miraba sonreía cómplice. Yo diría que pocas veces he sentido un conglomerado tal de gente, regocijadas, expansivas,

dichosas por el solo hecho de mirarse, conversar y reír.

Aún inhabituada a esa espontánea comunicación, después de almuerzo me fui a recostar al sol en el Camino del Inca con un chal de alpaca que compré a un indio. Pronto, demasiado pronto, el sol se puso y desperté con un frío intenso que muerde hasta los huesos. Una flor estrellada, muy azul, hermosa como el cardo alpino, semejante a las que crecen al borde del Lago Lanalhue, pero todavía más delicada, había abierto sus pétalos y me cautivaba. Asombrada, no osé tocarla por miedo a romper el hechizo. El último día la arranqué de raíz a fin de hacerla crecer en mi jardín, pero ¡ay! la rara belleza pertenece a los escasos aciertos y se secó.

Por la mañana me fui a las fumarolas. Dos charcas de agua surgente en su condición volcánica rompen el pedregoso suelo. Lucio Cautín, indio, doctor en baños de barro, ciencias yerbáceas y misteriosos brebajes, es quien se acerca y me convida a disfrutar del baño más primitivo y singular:

— Pase por aquí — me dice introduciéndome a un patio cerrado por muros de tosca de piedra donde se hallaba una veintena de mujeres embarradas, en trajes de baño, tomando sol.

— Olvidé traerlo — me desnudo —, embárreme, así no más.

— Es mucho mejor — me dice el indio procediendo a su trabajo no exento de malicia y sobándome a conciencia con bastante sensualidad.

— ¿Es usted alemana? — me pregunta dentro de un instante.

— No. ¿Por qué?

— Venía aquí una alemana que como usted tenía un sentido propio de la salud. Así debiera de ser siempre — agregó, repudiando con un gesto a las embarradas que observaban escandalizadas y molestas.

Reía. Prejuiciosas e hipócritas mujeres. ¿Obtendrían un beneficio ocultando sus desproporcionados y grasientos cuerpos a la mirada en el solario?

Me tiendo boca abajo. Reverbera el calor. Pronto siento el efecto de sus rayos, la caloría concentrada en la molécula, energía dispersa, ardida, ceniza

al fuego, combustión extinguiéndose, débil reflejo de una explosión producida a diez mil o veinte mil años luz. Efímera e insignificante criatura, te das tanta prepotencia en tu desarrollo ridículo queriendo atrapar el efecto cósmico por el azufre, en el mineral ignorado, en los gases sulfurosos, en la fuerza de Los Andes, en el secreto ancestral de las razas indias milenarias, pretendes convertirte en un ser vigoroso, vital, capaz de recorrer el Camino del Inca sin fatiga ni frío ni hambre. ¿Conseguí mi objeto? La ruta del hombre sólo se traza al llegar a la meta. El tramo es largo, complejo, difícil y se sabe de él al morir.

Me puse una enagua de raso y encaje sobre la reseca tierra que cubría mi piel y me introduje en una de las fuentes. Humeaba tibia, hedionda a huevo. Allí, un caballero calvo se bañaba muy complacido al ver mi enagua ceñida a mi cuerpo joven y firme. Aguardé que él se marchara para abandonar la poza. La taquicardia y un cansancio agotador en las piernas me dificultaban el andar.

— Quiere decir que surte su efecto — me alentó Lucio Cautín, con esa fe en la recompensa, propia de la gente antigua ante el remedio doloroso, la tortura, el suplicio...

— Yo le voy a dar ciertas yerbas vigorizantes para el amor. Se acordará de mí — agregó.

Lo cierto es que muchos otoños fui asidua visitante de termas hasta el empleo de la cortisona, pues con ella desaparecieron mis dolencias reumáticas.

Un caballero empeñoso solía dirigirse todas las mañanas en una caminata hacia los baños primitivos, cerca de las fumarolas, acompañado de un amigo serio y circunspecto. Ambos eran amigos de charlar con aire distraído y se detenían a conversar con cualquier huésped del hotel Las Termas. Una mañana me los encontré y hablamos amistosamente hasta cuando me percaté de que estaba con el marrueco abierto, luciendo su falo con todo desparpajo. Como ello me dio risa y sorpresa, me sentí un poco confundida. Al notar el huésped mi asombro me dijo a modo explicativo:

— Lo más importante para el hombre es el sexo y yo considero que se merece toda clase de preocupaciones; por ello, señora, lo saco a pasear al sol, tónico veraz y efectivo.

— Tiene razón de sobra, señor, cuídese, no le hará mal ninguno.

— ¿Es usted extranjera?— me preguntó.

— De origen francés.

— Mucho agrado en conocerla.

OFICINA PEDRO DE VALDIVIA

Apenas llego, me presentan a una visitadora social encargada de atenderme. Me parece una mujer joven, dinámica, con una profesión ejercida con amor aunque a un comienzo me pareció muy sectaria pues, según ella, se debía modificar toda la Compañía; después, le hallé razón a sus críticas. Abundaban los problemas sociales, la promiscuidad, el incesto, el homosexualismo, el adulterio y la ilegitimidad de los hijos.

— En una casa con un comedor y un dormitorio viven hasta veinte personas, me dice.

— ¿Cómo puede ser esto?

— Construyen con calamina piezas en los patios.

Me llevó y yo vi esos patios atestados, lúgubres, hediondos, no conté veinte personas, mas lo hallé hacinado.

— Se les asigna una casa por matrimonio. Hay un retrete por diez casas.

Eso es efectivo. Realmente impresionaba. Se veía una hilera de viviendas grises y al fondo, cada diez casas, un retrete y ¡qué retrete!, la inmundicia misma.

— Dos y tres familias preparan de comer en una misma cocina. La carne está racionada... Se reparte un cuarto de litro de aceite por semana.

Como yo carezco de virtudes inspectivas y aborrezco ser entrometida, no me consta cuanto ella afirmó, pero seguro que era así, pues se notaba una población desnutrida, pobre, gris, sucia, con niños desaseados y mujeres desgreadas. Un aspecto feroz de la vida.

Pregunté si la Compañía tenía biblioteca. Me llevó a ella. Me pareció huérfana de libros. Se nota una despreocupación total de parte de la Compañía por elevar el standard de vida cultural de sus obreros, en cambio el Sindicato posee su propia biblioteca y los instruye en sus derechos. La vida intelectual sin duda la dirige el Sindicato y bienvenido, porque nadie conoce mejor los

problemas de los mineros que ellos mismos.

Fuimos al cine. Está dividido en tres categorías: sillón, platea y paraíso. Al obrero le estaba vedado sentarse en sillón o en platea. ¿Su destino? El paraíso. La boletera controla los asientos.

Me impresionaba en esa oficina la asfixia espiritual que te produce el desierto circundante, te acecha, te succiona, te mantiene prisionero, porque caminar por él sin perderse es riesgoso y nada verde germina.

El calichero carece de alimento espiritual, de recreación; posee una angustiada necesidad de nutrir su espíritu de conocimientos, pues ese conglomerado de gente aspira a una mayor dimensión intelectual. "Todos sufren conciencia de vegetar y desean irse, pero se quedan a pesar de esas ansias.

¿Qué especie de prisión es el desierto? Lamento tener que partir al siguiente día y desconocer tanto trasfondo humano. En lugares semejantes se aplicaron al obrero el cepo y la ficha salario (3). La protesta se transformaría más tarde en la cuna de la emancipación obrera con Luis Emilio Recabarren a la cabeza. El cepo y la ficha salario (desde antes de 1852) dieron origen a la formación de las organizaciones sindicales y movimientos huelguísticos. Así, en el Norte explotado se gestó la conciencia de clase desarrollada por el capitalismo en la Minería, en el Comercio y en la Agricultura. Después surgieron otros movimientos que desembocaron en las masacres como la de la Escuela Santa María y más tarde, en el sur, la de Ranquil.

Elaboración del salitre.

Por medio de tronados de dinamita, hechos a veinte metros de distancia y "guaguas" perforadoras con aire comprimido, desprenden la arena mezclada al caliche de la pampa. El caliche es traído al molino por un obrero en cada carro. Unos cuantos obreros han caído y han sido despedazados por la pólvora. En el molino muelen el caliche y su capacidad es de mil toneladas mensuales. Cada tres o cuatro años cambian la gente, pues enferma de silicosis (enfermedad al pulmón producido por la sílice que respiran). De un millón de toneladas de caliche, se obtienen sesenta mil toneladas de salitre.

El molino funciona con ochenta hombres por guardia. Las edades de los obreros fluctúan entre los veinte o treinta años.

Se emplea el Sistema Gugenheim.

La "mula" (locomóvil) sube los carros y cada uno lleva sesenta toneladas. Con un imán levantan el fierro. También hay un molino secundario.

El caliche va a la lixiviación, el agua vieja se pone de color café.

Los puentes descargan el ripio al estanque. La pala mecánica bota el ripio a un buzón que va a los carros. Se usan dos dragas (palas mecánicas) por estanque.

Cristalización: Por medio de centrífugas que producen enfriamiento se cristaliza el salitre. Una vez desaguada el agua vieja, con palas limpian el redondel. Trabajan diez hombres por guardia y todos salen con descanso después de cuatro puestos. Además, cada cinco días disfrutan de un día de descanso. La cristalización se realiza a baja temperatura, lo que produce frecuentes enfermedades a la vejiga debido al enfriamiento que sufren los mineros.

El caliche destila líquido por un surtidor que lo dispara hacia arriba y retorna. Lo dejan en hornos cuatro a cinco días sin uso, así se enfría y pueden entrar los mineros, pues el calor sube a trescientos grados. El caliche destilado pasa por estanques especiales de refrigeración para ser granulado.

— Ayer en la tarde se perdieron dos hermanitos — me dice la visitadora — el zapato de uno de ellos fue hallado a diez kilómetros del campamento. Quiero conversar con las madres.

— La acompaño. ¿Cómo es eso de las "madres"?

— La madre es morfinómana y la reemplaza una india. Sobrelleva una vida bastante triste, porque vive de allegada donde la dueña de casa le pega. ¿Acaso porque no se ha casado con el hombre con quien vive? Ella está separada de su marido y ha sido imposible obtener la nulidad, y este hombre se niega a defenderla.

Hallamos a la morfinómana completamente serena, en cambio la otra tenía un aspecto desolado. Se puso a lloriquear y a gritar apenas llegamos y

nos contó que, sumado a la pérdida de los niños, los carabineros allanaron y descubrieron herramientas de la Compañía robadas en la mina donde trabaja el marido de la dueña de casa. ¡Para colmo andan en la fiesta de La Tirana! Por lo tanto, ella aguarda los golpes que recibirá al regreso, apenas él se entere de lo que ha ocurrido en su ausencia.

¿Por qué la mujer chilena soporta tanto sufrimiento psíquico y físico causado por un hombre machista, cobarde, mal marido, mal amante (generalmente un eyaculador precoz o un semiimpotente sexual)? ¿Por no atreverse a ser independiente? ¿Por dependencia atávica? ¿Por falta de educación? ¿Por desamparo afectivo?

Antes de abandonar la salitrera, supe que los niños habían aparecido en una casa vecina...

CHUQUICAMATA

(Este no es un reportaje, sino una experiencia sobre la base de impresiones que tuve hace cuarenta años.)

Chuqui : tribu incásica
Mata : límite

Chuqui : tribu
Mata : principal

Tribu principal o tribu de límite. Indios chucos, fueron los primeros explotadores del cobre antes de la invasión incásica.

Es preciso atravesar gargantas de altas cumbres, cerros romos, metálicos, verdeantes en sus laderas para llegar a la planicie amarilla, donde el mineral se desangra rojizo hacia las quebradas y al fondo aparecen los nevados Andes. Se divisa el humo de la chimenea de Chuquicamata.

Estamos a 2.783 metros de altura sobre el nivel del mar. Atrás quedó el Valle de la Paciencia y en algún sitio de este inmenso desierto inexplorado se encuentra sepultada bajo el peso del misterio y de las arenas, esa ciudad redonda, Tulo, con sus petroglifos alusivos al sol, de los cuales, celosamente y con razón, sus descubridores ocultaron su lugar geográfico y su enigma. ¿Es que nunca la voy a conocer? ¿Qué conexión existe entre las rucas esféricas de la Araucanía y ese Tulo, vecino a San Pedro de Atacama?

Lejos, en dirección a la derecha, surge una mancha verde, vibrante: Calama.

En el viaje de María Elena a Chuqui, me topé con una viejita desdentada, arrugadita, vestida del Carmen que dice:

— Nosotros, en la Compañía tenemos casa propia, piezas y sus llaves. Abrimos la puerta y nos mudamos de ropa. Ahora la llave se convirtió en diablo y se mandó a cambiar. ¿Dónde vamos a dar con ella?

Aparece el fabuloso anfiteatro.

Me han dado una carta para Aldana, jefe de Bienestar Social con el fin de que me aloje y así pueda conocer el yacimiento. El trámite de la carta se prolonga. El mineral escasamente se entrega al primer visitante. Aguardo largo rato en la portería. Telefonazos, recados, emisarios y por fin llega un hombre en una camioneta.

Esa noche iba con una niña pizpireta que me presentó como su hija y me invitó a tomar un trago en el club reservado a los americanos, sitio bastante agradable, allí me entregó unos versos dulzones para que los leyera. En la conversación intercalaba frases en inglés al dirigirse a su hija. Tal vez no haya sido su hija, pues me pareció advertir entre ellos un trato equívoco.

El general Aldana dispuso una camioneta para visitar el anfiteatro. Resulta colosal: tres mil metros de largo, mil de ancho y ciento cincuenta de profundidad. Cargan seiscientas toneladas diarias en unas tolvas enormes que pasan de inmediato a un tren. La faena íntegra mecanizada y con una sincronización perfecta. Trabajan cuatro mil doscientos obreros y mil doscientos empleados bajo la dirección de la Compañía Chilex Foxley Hnos. Los jefes técnicos son exclusivamente norteamericanos; los mineros, chilenos. Siempre el trato es discriminatorio. Los norteamericanos se consideran de mayor cultura que los rotos chilenos, salvo si los cotizan como de su misma categoría social. Los jefes norteamericanos se conducen más humanos que los capataces. El peor enemigo, el opresor del minero chileno, resulta ser siempre aquél que escaló una posición elevada. Estas informaciones me las proporciona el general Aldana.

Tienen hospitales y pulperías separadas. Los barrios: harto diferentes.

Después de una visita superficial por Chuqui se consideró cancelada mi visita. Había conocido el corazón económico de Chile, mas me iba ignorando la sangre que lo regaba, era un corazón deshumanizado. ¿De qué me servía entender el procedimiento de la elaboración del cobre si ocultas iban a permanecer las vidas humanas que día a día desgastaban sus energías para extraerlo?... Decepcionada hacía mis maletas cuando llegó el señor Campaño, ingeniero de Higiene y Seguridad Industrial y el Estado. Me instó a quedarme y me pidió lo acompañase en la inspección que él haría al mineral. Gracias a este caballero, pude conocer la planta de los minerales oxidados y los sulfuros,

acabada de inaugurarse y cuyo costo fue entonces de ciento veintitrés millones de dólares.

El ferrocarril trae mineral y lo arroja a unos tambores que giran y lo muelen con barras, después con esferas, enseguida lo echan al agua, luego pasa a un caracol sinfín triturador y queda convertido en arena. Le agregan una sustancia resinosa que produce flotación y sólo queda el sulfato de cobre con azufre que circula a los estanques concentradores; de allí nuevamente se transporta el mineral a una molienda, luego al filtro donde se seca. Casi seco se le aplica una sustancia calcárea para facilitar la cremación. El azufre se quema y se funde a una temperatura increíble de mil doscientos grados; el líquido es vaciado en una cuchara inmensa transportada por grúas enormes. Impresiona el espectáculo dantesco de esos mineros bajo la tremenda cuchara de cobre líquido ardiente que salpica mientras ellos colocan con chuzos (con pinzas en sus extremidades) los moldes a fin de recibir el cobre líquido para moldear los lingotes que serán enfriados. Mientras ellos realizan esa peligrosa tarea, donde deben poner toda su atención para salir ilesos, hay otros obreros echándoles agua con una manguera; de tal magnitud es el chorro que les hace perder el equilibrio. Se elaboran trescientas cincuenta toneladas diarias.

Cobre Oxidado.- Se le echa ácido sulfúrico, a esto se le llama lixiviación; se le dan cinco baños, el último de agua. Se le agrega un cemento de fierro; eso le quita el cloro y el sulfuro de cobre entra en la electrolítica. A unas planchas de cobre y plomo delgaditas le aplican electricidad y el líquido de cobre sale líquido a unos moldes de lingotes. Lo pulen, lo pesan y lo embarcan. Este cobre contiene una pureza de un noventa y nueve por ciento.

La mayoría de los obreros visten overol y yoqui, algunos llevan máscaras protectoras que rara vez utilizan, pese a ser su obligación llevarlas para cumplir con las medidas de seguridad industrial.

El señor Campaño me deja encargada al Presidente del Sindicato. A solicitud mía, me lleva al campamento Latas donde lo sórdido del hacinamiento hiere la pupila y el alma. A pesar de la ostentación de los prados verdes del campamento americano, se advierte en ese campamento el desprecio por el trabajador, pues además de ser grises y antihigiénicas las casas, carecen de las más elementales comodidades para vivir decentemente, ni siquiera tienen W.C., ni patio. Quise ir a los Buques, -residencias de solteros- pero el presidente del Sindicato consideró arriesgado llevarme, por lo tanto, me invitó a su casa.

El personal de enfermeras norteamericanas es de un diez por ciento, el resto son chilenas.

Las muchachas llevan nombres ingleses: Nelly, Joyce.

No obstante ser de Chuqui el obrero mejor pagado de Chile, están disconformes con las casas que en su mayoría son precarias; poseen insuficientes servicios higiénicos; viven en promiscuidad; los colegios escasos los obligan a mandar a los hijos a educarse a Antofagasta, lo cual les significa un desembolso mayor.

Las pulperías, según los obreros, escatiman la entrega de cuanto ellos necesitan. Les falta distracción y cultura. En fin, las quejas abundan. Debería haber permanecido largos días para poder afirmar con certeza cuanto me contaron. En ese sentido, la compañía actúa sabiamente y sólo te invita una noche.

PARTIDA AL DESIERTO. CALAMA.

Intuí en Calama una ciudad marinera, tal vez por aquello de constituir el único puerto en ese inmenso mar de arenas, de páramos, de interminable horizonte conocido como desierto de Atacama. Ningún verdor te distrae la retina, sólo los hombres, mineros recios, bronceados por los metales con algo de subterráneo en la mirada y el donaire decidido del que minuto a minuto se juega la vida. Tres mil hombres que fueron despedidos de las azufreras invaden las calles.

Esa tarde en el cielo, como de costumbre, cundía el rosa anaranjado. La declinación solar se torna más perezosa que en el sur y el crepúsculo se detiene estremecido. Indagué donde podría buscar alojamiento. Me señalaron la Residencial Ramírez. Una casa inmensa de madera con un corredor enfrente. Entré en un vestíbulo amplio donde los muebles con sus encajitos colgando del respaldo salieron a recibirme. La dueña, gordinflona, pero hermosa, corrió una cortina de brocato y me mostró la super suntuosa habitación de la casa. Cortinas y colchas rojas de raso adornaban unos muebles cromados.

— ¿Tendría una más sencilla? — Miré al patio. Allí, vertical cual palmera, se erguía una torre de madera rosada —. Tal vez en la torre — insinué.

— Qué les da a esta gente del sur... Esa es la torre del sabio.

Abandonó la dueña la estancia, visiblemente ofendida, como decepcionada de mi elección, se asomó al patio y, con desdén, haciéndome notar mi descenso de categoría, gritó:

— ¡Zelmira, lleva a la señora a la torre. Dale la pieza del sabio!

Subí por una escalera de madera carcomida por la arena y los años. Penetré en un cuarto en cuyo lecho quedaban rastros de la persona que lo habitara. Por una escalera interna trepé a otro cuarto alegre, empapelado con flores, cuyas ventanas se asomaban al desierto. A pesar de la ventolera que se colaba por las tablas mal ensambladas, yo estaba contenta de mi elección.

Zelmira fue en busca de mi equipaje.

Instalé mis cosas y pedí que me señalaran el cuarto de baño. El cuarto resultó ser una pieza de museo, enorme, con un excusado al centro en alta tarima. En este verdadero trono, donde reinaba el water principal, había sendos retretes con otras dos tarimas a ambos lados. Esto me dio de inmediato la visión de la época: ni la jerarquía ni la sociabilidad se interrumpía ante lo íntimo del acto.

Al salir, me extravié voluntariamente: se oían risas.

Numerosos excursionistas aperados de mochilas, entraban por una puerta. Fui a intrusear. Era un salón de veinte metros de largo, íntegro encortinado del mismo brocato rojo, con inmensos espejos dorados a fuego, y una interminable hilera de catres de campaña. Me fasciné hasta la médula.

Me gusta ir a los cabarets, sentir el embrujo de la noche y bailar con los mineros, pero en "La Posada" ninguno me invita al comienzo. Yo los miro. ¡Qué atractivos me parecen! Duros, sobrios, nada meridionales ni latinos; introvertidos, casi tristes, pura cepa india o chilena mestiza (pienso: si yo necesitara valientes, caminaría al norte, a la Pampa del Tamarugal, al Desierto de Atacama y a Valparaíso). Yo los miraba y ellos me observaban, mientras a mi lado un gordito, un tomate, me decía:

— No me injurie.

— ¿Cuándo he pensado en injurarlo? Ni siquiera en dirigirle la palabra. No exagere — respondí desconcertada.

— Exagero y exagero. Le prohíbo que mire a los mineros.

— ¡Pero qué tipo! ¿Qué se cree usted, con esa panza y ese escandaloso carmín en los cachetes?

— ¿Ve que me injuria? Ya me lo decía, para eso la convidó...

En ese momento un hombre fuerte, cetrino, me hace una venia y aguarda. Yo inclino la cabeza con tímido asentimiento, me incorporo. El hombre, sin pronunciar palabra, me coge firmemente por la cintura y baila conmigo, serio, hermético. Los demás nos traspasan con la vista. Yo sufro la

confusión del instante. ¡Al menos, no me sienten extranjera!

Nuestro diálogo es breve, casi inexistente.

— ¿Usted trabaja aquí?

— Trabajaba en las azufreras.

— ¿Lo despidieron?

— Sí.

— Y ahora, ¿dónde va a ir?

— Estamos esperando.

Clásica respuesta escuchada a lo largo de este país. ¡Qué sucedería si carecieran de tanta paciencia...!

El vals ha concluido. El minero me acompaña hasta mi asiento. Saluda respetuoso:

— Gracias — dice con cortesía.

Yo quisiera invitarlo a beber con nosotros, pero noto al Tomate enfurecido y violento. Acobardo.

— ¡Qué feliz me ha hecho!— le digo al Tomate.

Por supuesto, él ignora mi contento de bailar con un minero: para mí, es acercarme a su pulso, no sentirme ajena al acontecer de este pueblo que yo amo.

Las chinchillas. ¡Claro! Indispensable conocer esas ratas que viajan en

avión, cuestan mil dólares, y al macho después de procrear sólo le espera la recompensa de morir asesinado por su pareja, como algunos me cuentan. Sedosos y finos roedores que cautivos viven en jaulas de alambre por sus seis costados. Otrora, la piel preferida de los Incas en sus imperiales capas.

Cuando cumplí diecisiete años, mi madre me regaló su capa corta de chinchilla real. Después me la quitó para apolillarla en una caja de cartón.

— Quiero ir a Chiu Chiu.

Durante seis años enmadejé esa esperanza. ¿Por qué? Un día salió en un periódico de Santiago una fotografía de Montandón de la Iglesia de Chiu Chiu.

— ¿Cómo ir a Chiu Chiu?— le pregunté a la dueña de la residencial, matrona de cien kilos, cuya tricota calada, lila, ostentaba un generoso escote por donde asomaba buena parte de sus exuberantes pechos; dormidos ojos de serpiente, el cabello azabache dividido para terminar en opulento moño, mientras sentadas en los escaños del corredor contemplábamos el púrpura de la tarde.

— El señor Torres... Héme al aguaito esperándolo. En taxi sale caro, suele llevar al cura de Chuqui... Cuando llegue, lo voy a zurrar. Pero me las va a pagar todas...

Yo, sorprendida, la escuchaba. Ella acechaba la calle celosamente.

— ¿Cómo pudiera hablar con él?

— Pues se ha enredado con una mujerzuela, me ha dejado las minas. Se metió en un contrabando. Le compré un camión y ahora lo hacen lesa. ¿Y usted le va a creer? ¡Me cuesta una fortuna!

Estaba furiosa.

Yo aventuré:

— ¿El señor Torres?

— El señor Torres es un santo. Hable con él. Es corredor de frutos del país. Además, presidente de los rotarios. ¡Pero de mí no se reirá!— Sus pupilas llameantes en la espera — ¡Lo voy a descuartizar! — decidió frenética, moviendo sus titánicos pechos.

Un camión se detuvo ante la reja y descendió un muchacho buen mozo, bronceado, risueño.

— ¿Cómo está, mamá?— dijo abrazándola.

Y la mamá, esa diosa de la ira, se suavizó y acompañó a su hijo al interior del hotel.

El señor Torres era un rotario menudo que vendía papayas. Me recibió con extrema finura y, apenas enterado de mi propósito, me aconsejó recurrir al alcalde: él carecía de seguridad de ir a Chiu Chiu.

Me dirigí al Municipio. En tanto conversaba con un secretario, sudoroso, sin corbata ni chaqueta, pasó ante mí un hombre barbudo, con una máquina de afeitar en la mano.

— Debe hacer antesala. El alcalde está en audiencia.

Aguardé.

El hombre volvió rasurado. Me pidieron entrar: era el alcalde. Le comuniqué mi propósito.

— Muy sencillo. Mañana a las ocho voy por usted. Descuide. Tendré el mayor gusto en llevarla.

Salí regocijada. ¡Qué gente más cariñosa esta del norte!

— El alcalde me llevará— le dije al Tomate, a quien tropecé en ese instante.

—Desconfíe. Lo conozco.

— ¡Ah! Yo insistiré.

Me desvelé toda la noche. El viento que baña el desierto mecía mi torre. Al amanecer me levanté y ya el Tomate me esperaba. Aguardé una hora... dos horas.

— Si no vendrá el alcalde a buscarla... —me alegaba el Tomate.

— ¡Conque no! Iré a su casa.

— ¿La casa del alcalde?

— ¿La casa del alcalde? ¿Es que tiene casa el alcalde? Oye, Efraín, ¿conoces tú la casa del alcalde?

Se ignoraba su domicilio. Por fin me dijeron:

— El alcalde anda remoliendo en la casa de la Blanca Rosa. Hay que salir del pueblo. Queda en el camino a la Dupont.

Fui con el Tomate a la casa de la Blanca Rosa.

Una muralla de adobe encalada, con una puerta estrecha. Golpecé la puerta. Abrió una mujer enjuta, desgredada, sin pintura:

— ¿Qué se le ofrece?

— ¿Puedo hablar con el alcalde?

— Pues, claro.

— Pregúntele si va a ir a Chiu Chiu.

Se ausentó la mujer por un rato.

— Dice que está acostado; le resulta imposible llevarla, porque la ambulancia se echó a perder.

Y así fue como me venció la Blanca Rosa y me perdí un viaje en una camilla de la ambulancia por el desierto.

Colérica, me encaminé al hotel. El Tomate no osaba hablarme. En la esquina estornudaba un raquíico Ford con carrocería "made at home".

— Señora, la esperaba, la llevo a Chiu Chiu. He decidido ir.

— Señor Torres, qué amable es usted.

— Mi señora... mis hijos...

Trepé al chúcaro mueble. El Tomate me miraba triste.

— Señor Torres —pregunté— ¿podríamos llevar al joven?

— ¿Cuánto pesa?

— Noventa— confesó enrojeciendo.

— ¿Y usted?

— Yo, cuarenta y nueve.

Sacó lápiz y papel, apuntó cifras, sumó.

— Voy a bajar un saco de papas, después lo llevo. Espéreme en la

esquina.

De este modo emprendimos viaje por el desierto hacia uno de los pueblos más antiguos del Loa.

CHIU CHIU

Cuarenta kilómetros hacia la cordillera adentrándose en la inconmensurable soledad desértica apenas salpicada de vegetación y de un manto calcáreo, entre los grados 22 y 24, en la confluencia del río Loa y del Salado, hacia el Este, en la hondonada, vimos aparecer Chiu Chiu, oasis en el camino del Inca, rumbo de Tupac Yupanqui, de Pedro de Valdivia y de las comunicaciones coloniales entre Lima y Santiago.

Culebreante riachuelo seco. Ayllus. Pircas. Pimientos. Casas bajas de piedra y barro, encaladas. Muros. Patios herméticos, y la infaltable iglesia forman el pueblo de Chiu Chiu. Apenas cinco habitantes donde hubo doscientos, y mucho desamparo.

El sol caía de bruces sobre el pueblo intruseando rincones. Nosotros como lagartijas nos escurrimos palpando la piedra de sus espesos murallones. Por las puertas sujetas con correas de huanaco que sólo el viento abre, vimos la luz del cielo filtrarse por la trama del laborioso encaje de los troncos de cactus con los que techan las casas, los patios solitarios donde aún aguardan los morteros de piedra su molienda, y las hilachas sedosas de los sacos rubios de llamas.

Poco queda de las colectividades agrarias indígenas. Un leve trazo de pirca indica cuán fértil fue ese oasis donde acampó quince días Pedro de Valdivia con sus tropas, en la época de la Conquista.

A un costado del pueblo, una iglesia blanca de bellas proporciones ribeteada por una muralla encalada, se alza maciza y armoniosa en sus líneas de arquitectura primitiva. En balance con este edificio, un algarrobo agita sus lánguidas ramas flotantes a la ventolera del páramo.

La iglesia de San Francisco de Chiu Chiu (según Latham) fue fundada en 1602 y erigida en Parroquia en 1611, en forma de cruz latina. Tuvo dos torres parecidas a las de la iglesia de Ayquina, pero fueron derrumbadas por

el terremoto de 1858. De cada torre colgaban cuatro campanas. Ahora un campanario de madera alberga tres de las campanas primitivas. Son de bronce y llevan una inscripción. "Nuestra Dolores 1819, San Lucas 1719". La tercera es anónima. Dicen que su bronce contiene oro fundido.

Una ancha bóveda en el frontis, dos contrafuertes y un techo medio romo revestido por troncos de chañar recubierto por una capa de barro sobre arpillera e interiormente por troncos de quiscos amarrados con correas de cuero y paja de ichú. Además, una escalera exterior al campanil le da gracia y movimiento. Su estructura es de piedra caliza y adobe, de seguro pegada con huano fermentado y cal. Las puertas forradas por cuero de huanaco desprovistas de bisagras y clavos. Sus blancos muros están decorados en celeste turquesa.

Al centro de la nave, el altar de madera tallada dedicado a Jehová, construido en 1900 por el sacerdote Hilarión Velasco. También se conserva un retablo dorado de la época y un Cristo de madera tallada de rasgos primitivos, con un mechón de lana gruesa trenzada de cabello. De un lado, la Magdalena, del otro, San Juan.

En un nicho, al costado izquierdo, hallé a San Francisco entre columnas de madera torneada. El altar, de piedra empotrado a las murallas, con dos cristos pequeños, uno meditabundo, el vecino amarrado a una columna. Frente a este altar se halla San Ignacio vistiendo humilde túnica de arpillera amaranto.

A la izquierda de la nave, en un recinto aparte, se ubica el baptisterio, una pila de bronce sostenida por un labrado pie de madera tallada. A ambos lados los dos ladrones crucificados de tamaño medio natural. Los ladrones, una Mater Dolorosa (llora para la Semana Santa por arte de un mecanismo), constituyen las piezas de mayor interés de la iglesia. Una puerta del baptisterio sale al coro donde Pedro Castro nos toca una música sacra en un armonio de 1870. En la Sacristía, encima del altar policromado, descansa un portamisal rubí y verde. Arrumbada, una Inmaculada traída por Cancota a lomo de mula desde Sucre, una Santa Rosa de Lima y varios mantos de la Virgen de la época de la Colonia, cuatro candelabros salomónicos, correas de huanaco, una virgen con aros, variados faroles, matracas, marcos de espejos adornan estos altares.

Fuera de la Iglesia, mirando hacia el barranco, seis se pulturas de

1870, pertenecientes a una familia Pinto, sobresalen del suelo extraños túmulos escalonados como si los muertos hubiese sido puestos unos sobre otros.

Examinando los numerosos contrafuertes que le confieren aspectos de fortaleza, descubrimos una puerta tapiada.

Pedro Castro, nuestro cicerone, nos muestra entusiasmado la iglesia y nos cuenta en qué consiste la fiesta de la Semana Santa donde el pueblo participa con siete ángeles, cuatro verónicas, una llorona, un paño, una campanilla, un rosario. Ese día la Mater Dolorosa con su manto negro ribeteado de galones de oro y su hermosa corona de rosas moradas llora copiosamente secándose las lágrimas con ambas manos.

Abandono Chiu Chiu mientras la ventolera canta en los pimientos y una puerta se golpea.

GENTILAR

Julio, 1953

Endilgamos hacia el Norte orillando siempre el río Loa. Éste es un largo intestino enroscado en muchos vericuetos donde descubrimos dos gentilares. (Un gentilar es un antiguo cementerio indígena.)

Entonces voltéé la cabeza y pude divisar fugazmente los peñascos amarillos más arriba de las chacras viejas y distinguir algunos petroglifos en las piedras de los alcantilados y me fue imposible precisar el lugar que me mostraban entremedio de los "trojes" (troj, refrigerador-cueva-granero), donde los atacameños guardaban sus cosechas al resguardo de un sol funcional. Así, por un camino donde cada casa lleva una cruz embarrilada en lana roja para ahuyentar al diablo, llegamos al gentilar indígena.

La arena removida soplaba en la ventolera, dejándonos ciegos, pretendiéndonos sepultar. Sacó una pala desarmable el señor Torres:

—Excavemos—, propuso.

De pie, rodeada de arena y de un desparramo de huesos y esqueletos, cráneos y tibias en un macabro desorden, y de tanta tumba profanada, saqueada, me sentí confundida. Sin embargo, ante la perspectiva de desenterrar un misterio, atraída poderosamente hacia un sitio determinado, dije: "Aquí".

Socavamos como ochenta centímetros de profundidad hasta que apareció el trapo rubio tostado con listas oscuras de lana de huanaco, atado con una cuerda también de lana. Lo sacamos intacto. Una extraña emoción me alteró. ¡Qué poco pesa el hombre! El saco ya afuera se redujo a un bultito ovillado: apenas alcanzaba el metro. Al abrirlo, hallamos otro saco de hilado más fino que el anterior sin listas oscuras, que hacía de mortaja. Dentro de él, también en posición fetal, encontramos una momia extraordinaria. Llevaba el cabello partido al centro, peinado con miles de trencitas, en el ojo izquierdo una flecha clavada y un pollerín como delantal de tres capas de cuero dejando al centro el trozo ancho. Este delantal estaba pintado con dibujos escalonados semejantes a los de hoy vivientes en Tiahuanaco, en blanco, verde y sepia

rojizo. Sin duda las pertenencias de un guerrero. Un despedazado poncho púrpura con pequeñísimo dibujos bordados, una tableta tallada con figura zoomorfa, la cabeza de un puma en la boquilla de madera de algarrobo de una sola pieza, mango rectangular. Es posible que lo que aspiraran por la nariz fuera el polvo obtenido triturando las semillas de "Piptadenia macrocarpa", como dice Outes que lo practicaban los indios de Córdoba. Un hueso forrado en cuero y cosido con tiento, debe haber sido el depósito para poner semillas trituradas, una peineta de finos dientes de espinas de cactus ajustada con lanas de colores semejantes a las que usan los araucanos, los indios bolivianos y peruanos, una bolsa pequeña de lana tejida para la coca y una cucharita de mango largo para medir. Saqué unas plumas verdes de loro, más piedras de obsidiana o malaquita, un arbolito de mar como sílice o cuarzo gris, un grano de maíz y otros granos encarrujados y una soga de lana embarrilada. Seguramente eran fetiches. Una bolsita de cuero, apretada, de un jeme de largo, atada con unos cordelitos de lana que seguramente se diría una vejiga o ubre. Nadie de nosotros osó abrirla. Yo la conservé como un talismán en mi poder, sin tocarle ni un solo de sus hilos. Experimentaba un agrado singular respetándole el secreto. Un día cualquiera resolví conocer el hechizo, para ello debí remojarla, pues el cuero estaba reseco; nada guardaba en su interior. La simple redondela de cuero muy sobado y bien curtido.

Felices con nuestro hallazgo, nos repartimos las reliquias. Las mías están en el Museo Antropológico de Santiago. Y la momia se quedó con el señor Torres.

Los atacameños fueron culturalmente un pueblo avanzado. Cultivaban las tierras con conocimientos agrícolas, hilaban, tejían y se desplazaban con suma facilidad desde la costa a la puna atravesando la cordillera en tropillas de huanacos para trocar sus productos. Trabajaron las minas donde producían cobre y bronce. Fabricaban cestería. Conocieron la plata y el oro. Hablaban kunza, de cuyo idioma se conservaban mil cien voces. Ocuparon, según don Ricardo Latcham, el valle del Loa entre los siglos VII y X. Se ignora su origen. ¿Cómo surgió esta raza? Los atacameños no sólo alcanzaron la Puna de Yuyuy y el Valle de Huanahuaca, sino aún más al Oriente. Tampoco le cabe duda que estas mismas influencias llegaron a la Paya donde se han hallado junto a los artefactos diaguitas otros atacameños. Así opina Antonio Serrano en su libro "Los primitivos habitantes del territorio argentino".

Schuller declara un parentesco del atacameño con el diaguita, lo que

no cree posible Latcham.

Max Uhle estima que los atacameños recorrieron en son de conquista o de colonización toda la hoya del Titicaca en una época anterior a la construcción de edificios que más tarde constituyeron las ruinas del Tiahuanaco.

PUKARA DE LASANA

(Fortaleza del Loa)

En un montículo de la quebrada del Loa emerge una singular fortaleza de piedra mimetizada con la geología.

Subdividida en innumerables cuartos pequeñísimos —un metro sesenta— con aberturas angostas y chicas, ventanas igualmente pequeñas —treinta por cuarenta—, se diría que sólo pigmeos pudo cobijar, pero recordando a los indios dormidos en las calles de Copacabana, en Bolivia, creo que éstos acostumbraban a dormir sentados con las rodillas encogidas.

Esta ciudadela cuenta con acequias, despensas, plazas y pasadizos tan bien planificados que, estoy cierta, a más de un arquitecto le ha llamado la

atención. Se presume que es allí donde los atacameños se defendían de las invasiones.

PINTADOS

Arrendé una camioneta que nos llevaría a Pintados, y allí, frente a la estación muerta sin movimiento, nos miraban sorprendidas las niñas María y Ema Cabellos.

—¿Dónde están los monos?

—Aquí a la vuelta—, y señalaron hacia un cerro. Caminé un buen rato sin divisar nada que me llamara la atención cuando de pronto descubrí un cerro cubierto con petroglifos, grecas, llamas blancas y rojas, piedras semienterradas, todo muy geométrico y ordenado. Inmensas águilas, huanacos, extraños personajes con adornos en la cabeza. Y la decoración colosal continuaba en esa quebrada hasta ver el mar. A mí me dio miedo la soledad y tanto silencio me acobardó y me volví a reunir con mis acompañantes.

Me sentía tan extenuada de subir y bajar la escarpada loma que las pantorrillas me dolían por el esfuerzo, aunque apenas llegué a Pica, me sumí en la cocha. Dentro de sus tibias aguas me recuperé de todo vestigio de agotamiento.

Por azar, esos signos yacen colocados para ser percibidos desde el aire y no puede dejarse de asociar ese concepto con el libro "Recuerdo del Futuro" de Erich von Däniken. ¿Por casualidad no esperarían un OVNI?

MATILLA

Cercana a Pica se encuentra Matilla, cuya iglesia con su campanario fue fundada en 1887.

Hubo una iglesia anterior construida de paja con piedra y madera. El altar antiguo es de piedra con tiza y todo el piso es de pastelones hexagonales, arcilla blanca con piedrecillas.

Junto a la iglesia se halla un lagar español en un patio de veinte por treinta metros con una muralla de adobe. Conserva una techumbre de caña partida, sostenida por rústicos palos de chañar o tamarugo, atados con correas trenzadas. El chañar se parece al olivo.

Enterradas en el suelo se ven ocho tinajas con tapas de piedra y cada una lleva un nombre:

Nuestra Señora de los Dolores Toro 1767

Catalina de Siena 1765

Señora Pilar de Zaragoza 1760

Nuestra Señora Mercedes

Señora Santana

Antonio de Padua 1756

Al centro, hay dos troncos macizos de quince a dieciocho metros de largo que terminan afirmados en una roldana y torniquete girador. Además, se ven tres estanques para apisonar la uva y hacer pisco.

PICA

Pica es un oasis de dos mil quinientos habitantes y posee ochenta hectáreas cultivables. Es más bien un oasis con agua termal subterránea; las aguas emergidas de una vertiente riegan las huertas frutales. Visitamos algunas de ellas. La mayoría de ellas tienen naranjas, limones, guayabas, mangos. Por doquier oímos el mismo descontento hacia el SAG (Servicio Agrícola y Ganadero) por fumigar la mosca azul siendo que padecen otras plagas como la palomilla, cuya miel lechosa emana cubriendo las hojas; la araña colorada con una tela igualmente dañina; el pulgón arruga las hojas y el chanchito destruye y quema el fruto. Según los lugareños, el insecticida que aplican para la mosca azul es muy fuerte, por lo tanto deja a la planta sin defensa y expuesta a toda otra clase de plagas al quebrar el equilibrio ecológico. Dicen que el SAG en lugar de darle tregua al árbol, para que se recupere, lo atosiga con estas fumigaciones destructoras del fruto.

Ellos lavan los árboles de sus propios huertos como medio de combatir las pestes, pero como ésta es una guerra sostenida a lo largo de catorce años, les liquida la savia y difícilmente florecerán.

Allí hay una cocha de agua tibia donde es delicioso nadar, pero de ella se sale exhausto por la intensidad de la irradiación. (cocha: voz quechua, significa laguna, charco de agua caliente)

SAN PEDRO DE ATACAMA

Sábado, 21 de julio, 1953.

Estoy sentada en el desierto aguardando que el pioneta y el chofer del camión saquen la pana de un neumático. A mi espalda se alza la cordillera nevada. Percibo el Licancaúr a mi izquierda; allá lejos, a mi derecha, en medio de cerros rosados, humea Chuquicamata. Vengo de San Pedro de Atacama. Mientras arreglan el neumático del camión, me acicalo, me perfumo y escribo. Detrás de la cordillera Domeyko se extiende el Salar de Atacama, donde se esconden tantas riquezas, siendo el litio una de ellas.

San Pedro de Atacama es un pueblo colonial. Se encuentra en un oasis. El río Bilana se enrolla en un laberinto. Crecen los algarrobos y el chañar; en bandadas vuelan las cuyucas (palomas cordilleranas) y el pueblo amanece frío y escarchado. La plaza es pequeña, a un costado de ella brota un pimiento, emerge la iglesia que Pedro de Valdivia hizo construir en forma de cruz latina. Toda de barro, sin aleros, con murallas de dos metros de ancho, santos antiguos de madera policromada: ninguna maravilla. San Pedro, Cristo y la Virgen son los mejores, pero hay santos de yeso horribles. Sobrevive una casa antigua colonial, inmensa, su cocina construida en piedra laja y barro: una verdadera reliquia.

Al frente de la iglesia hay un retén moderno de Carabineros. A su lado, la casa del cura igualmente de barro, se ve encantadora por su aspecto primitivo. Vivió en ella don Emilio Vaisse (Omer Emeth), uno de nuestros primeros críticos literarios.

Todas las calles son tapiadas. Murallas y murallas ocultan la intimidad de los hogares y de los huertos, se asoman enredaderas de flores solferinas. Patios interiores, corredores, portones caracterizan San Pedro, como las pilastras coloniales en las esquinas y las puertas a ambos lados en los almacenes. Los habitantes de origen kunza, que dicen ser más de dos millares, son en su mayoría de tez cobriza, pómulos salientes, nariz corta, cutis terso, lindos dientes. Algo sucios, vestimenta pobre, son escuetos y mudos. Será preciso

venir por la primavera o el verano para conocerles su atractivo.

El pioneta y el chofer trabajan calmados. Permanecen debajo del camión una hora. El camión lleva un cargamento hasta la cima de yaretas umbelíferas. Qué prehistóricas parecen, como callampas, único combustible de la zona, cubiertas de una floración hermafrodita, compacta, semejante al líquen, parecen un cojín vegetal. Muy adentro en la cordillera, en el altiplano, a dos mil metros de altura, donde abundan las vicuñas y el azufre amarillea, crecen en medio de las piedras con lentitud andina. ¿Cuántos siglos tendrá cada una?

Pienso con dolor en mi regreso a Santiago. ¡Qué estupidez! Estas oportunidades difícilmente se repiten y aún desconozco la Cueva de Conchi y Tulo, muy cercanas a Chuquicamata, hacia el norte. ¿Cuándo contemplaré esas magníficas pinturas rupestres de huanacos, vicuñas, alpacas y llamas al galope, tan espléndidas como la cueva de Altamira?

Aunque muchos arqueólogos le niegan sabiduría y seriedad al Padre Le Paige (quien llegó después de 1953), creo que él logró con su esfuerzo diario, su constancia y sus estudios, clasificar parte de la arqueología atacameña: Sin su presencia hubiese sido saqueada. Algún día Chile sentirá orgullo por su patrimonio cultural hoy ignorado.

A mediodía fui a la estación de ferrocarriles a mirar a los pasajeros viajar a los poblados cercanos y a Bolivia. Iban con una cantidad de bultos y maletas en un desorden indescriptible. Pocas mujeres vestían sus trajes típicos y se negaban a ser fotografiadas.

Sin pensarlo detenidamente, resolví coger un omnibús que sólo viaja dos veces por semana y subir a San Pedro.

El viaje de Calama hacia San Pedro es sorprendente. En Calama tomé el bus "Alberto Terrazas" frente a la Estación, cuyo valor fue de \$ 21, y salió a las 3.30 de la tarde. Lo más hermoso es cruzar la Cordillera Domeyko y entrar al Cañedón del Tambor por el lecho de un río seco con tantas cuevas inesperadas y sorprendentes como escasamente he visto otras en mi vida. El encajonamiento va en medio de una abrupta y rojiza montaña de piedras tal vez arcillosas. De tanto se ven cojines de yaretas.

VALLE DE LA LUNA

Imprevisiblemente, llegamos al Valle de la Luna más poético y menos brutal en su belleza con apelotonamientos de lava, sal, espuma de tierra de rara contextura en la cresta de sus cimas. También es una angostura tortuosa que rápidamente desciende y tenemos el verdor de San Pedro a nuestra vista.

Atravesar el Valle de la Luna me dejó perpleja. Las espirales, esas arenas contorsionadas, bullentes, fantasmagóricas, distorsionadas figuras enmudecen. ¿Es el resto de un cráter o el capricho del dios creador? Su vista me quita la respiración, me deja en suspenso, produce miedo. Es un temor ante lo desconocido, lo ilógico, geografía fantástica.

Sus crestas arcillosas se elevan escultóricas y hacia ellas trepa la espuma salina. Se advierte que la ola en su intento de lamer los picachos quedó ahí detenida y la sal salpicó las montañas. Las dunas se desplazan sin sentido y los colores se confunden en ese cielo siempre azul. Los rayos del sol caen rectos bañando la pampa estéril y sin pájaros. Ni un murmullo rompe el paisaje. Los espejismos crecen y se multiplican. El soroche te invade. La arena áspera apenas la roza el viento.

SAN PEDRO DE ATACAMA

San Pedro sigue hermético a sus visitantes como pueblo mezquino, por cuanto sus chacras permanecen encerradas en altas tapias y sólo se capta desnuda la copa de los árboles. Nadie te invita a visitarlas.

La primera noche me fui a alojar a la Hostería, confiada que sería agradable el ambiente, mas se hallaba atestada de militares en reunión. Asustada, me fui de inmediato.

Esa misma noche visité al Padre Le Paige creyendo sostendría con él una conversación interesante con respecto a investigaciones arqueológicas. Estuve con su ayudante, un muchacho de unos dieciocho años quien me introdujo a una biblioteca cubierta de polvo y sin ampolletas, bastante oscura. Asomó el padre Le Paige y me anunció que pronto estaría conmigo. Durante la espera entró una mujer de Peine con un crío en brazos del cual se ocupó el padre a su regreso.

Incómodo se notaba el padre Le Paige con mi visita. Es un hombre de unos sesenta años, nervioso, poco concentrado, sucio, que se dedicó a hacerle musarañas a la criatura. En un monólogo disperso me contó su estada en el Congo, de cómo le había pro puesto el padre superior de la Orden venir a ayudar al sacerdote jesuita Alberto Hurtado a Chile y en el barco supo de su muerte, por lo tanto, le cambió su destino. Llegó a Chuquicamata donde apenas pudo quedarse un año, debido a que la labor allí le resultaba tremendamente difícil, porque si se inclinaba a favor de los mineros, se echaba encima a los gringos que le espaban hasta las conversaciones telefónicas, cosa insoportable, por eso pidió venir a San Pedro.

—"No durará tres meses", me advirtió mi superior, pero llevo veintiún años y me encuentro muy satisfecho de mi elección porque yo, ante nada, soy misionero y en un principio desconocía totalmente la antropología.

A los cinco minutos de nuestra conversación, lo llaman por teléfono; debe ir a buscar unos bultos llegados por correo. Es parte del bagaje de su colaborador, un joven religioso estadounidense.

Rápidamente me dice estar comprometido a asistir a una reunión.

Me fui a sacar fotografías de la Iglesia, harto fea.

Había un entierro con sus clásicas coronas de papeles de colores y seguía el cortejo hasta el cementerio rústico de la época colonial. El ataúd iba en una camioneta conducida por el padre Le Paige. Yo quería pasar inadvertida para no herir los sentimientos de los deudos. Encabezaba el cortejo un hombre joven con el ataúd blanco, pequeño, de una criatura; seguía un féretro negro cargado por seis hombres y muchas mujeres con flores y hombres portadores de jarros de agua. Todos me miraban.

Después, por el diario "La Tercera", supe el trágico acontecimiento. La suicida era una muchacha de veinticuatro años; desesperada envenenó a su hija de siete meses de edad con estricnina y en seguida se mató, porque sus padres intolerantes la culpaban por ser madre soltera.

Volví al Museo y comprendí el enorme trabajo que este cura apasionado llevó a cabo en el transcurso de veinte años. Allí ví cientos de momias, cráneos, tabletas, cerámicas, 'keros' (cálices), flechas, hachas, restos de tejidos de llamas de variados dibujos y formas que constituyen el patrimonio de las culturas atacameñas, incásicas y paleolíticas.

Como me fue imposible conversar nuevamente con el padre Le Paige, pues esperaba la visita del Ministro de Defensa que estaba inspeccionando un destacamento militar provisorio, construido en las afueras de ciento cincuenta contingentes, opté por visitar el pukará.

Poco antes me había topado con un niño montado en burro y yo lo entusiasmé para que me acompañara a dar una vuelta por el pueblo.

—Aquí —dijo de pronto—, el padre Le Paige desenterró en una zanja tres 'keros' de oro que se los llevó a Bélgica.

—¿Es posible? No te creo—, repliqué.

Salí al día siguiente a dar una vuelta por los alrededores y tomé el camino hacia Toconao. Tiene escaso atractivo, pues la ruta es tapiada a ambos lados. Asomándome a las puertas de las murallas, pude contemplar terrenos

pelados con algunos perales, ciruelos e higueras; bandadas de gorriones y zorzales negros rastrojean semillas. La mayor parte de la tierra es incultivable. Una señora limpiaba semilla de alfalfa; más allá otra acababa de lavar el trigo; una me vendió una flecha de sílice y me habló de su evidente pobreza. Para contentarla y en alguna medida darle aliento, le saqué una fotografía con su marido.

Una tercera me ofreció una bolsita y una chomba primorosamente tejida y se las compré. Unos hombres me mostraron un carneador para beneficiar animales. Y así llegué a la Estación CORFO o, más bien, a sus restos, pues han suprimido toda actividad. Se ven unas conejeras vacías, igual, el campo. La señora me cuenta: su marido dice estar trabajando en el Salar de Atacama con otros ingenieros encargados de experimentos sobre el litio, porque allí existe.

También agrega: tenía su actividad principal en Pozo y lo dieron en concesión o fue vendido a Alberto Terrazas. A este nortino infatigable, sumamente activo, emprendedor y ambicioso, lo conocí en Calama en 1953 y con él hice el viaje desde San Pedro. Entonces surtía con yareta para combustible a la Planta de Chuqui y felizmente el negocio prosperó. Se compró bulldozer, tractores, niveladoras y quizás cuántas herramientas más para abastecer su necesidad imperial de hombre de empresa. Se las maneja junto a su mujer, una joven de veinte años quien desempeña el papel administrativo. Faltando él, la chica lo reemplaza con entusiasmo y una actividad desarrollista. Tal vez eso la gente no se lo perdona. Este es el caso de un hombre ambicioso y realizador como su padre: ama el poder. Trabajan con tesón y alcanzan éxito. La CORFO le vendió Pozo. Hay un bosque de tamarugos plantado por esa Corporación. Acababa de concluir una piscina de agua termal. Por el momento, estaban preparando el terreno con huano para sembrar trigo. Hay ichú y coirón. Además, me mostró un rebaño de cuatrocientos corderos, dos llamas, ocho avestruces y un cóndor al que aún no le crece su golilla alba. Piensa instalar un balneario tipo Far West.

Por primera vez sentí hambre.

ANTOFAGASTA

10 de agosto, 1976.

En mi entrevista con don Carlos Espinosa, profesor de la Universidad del Norte, pude constatar la tenacidad y la pasión que le profesa a la investigación científica. Me mostró los modelos de módulos, todos triángulos muy livianos, desarmables y de la misma medida para facilitar el transporte y las diferentes formas de colocación a fin de permitir que la camanchaca penetre y atrape la niebla. Para ello ha llegado a la conclusión de que la red más apropiada para cubrir los módulos es la fibra de yute india y en lo posible malvacha cruzquienci, porque ésta posee la particularidad de ser hueca y porosa, lo cual le permite impregnarse de mayor humedad y juntar más agua.

Con uno de los instrumentos que instaló en el Cerro La Novia (llamada así por los alumnos al verla velada, alta y hermosa, le pusieron un ramo de flores). Riega un pino que está inmenso y cuya agua sobra.

Me mostró diferentes instrumentos de medición solar en la terraza. (Museo del Padre Zaa); con ellos se obtiene (por heliómetro) la medición de la energía calórica del sol y se determinan las ondas solares benéficas para la agricultura y aquellas perniciosas para el cultivo con las cuales se puede predecir la época de la cosecha o maduración. También me mostró las planchas de captación de sol mediante el cual se calienta agua pasándola por una cañería de cobre sobre una plancha de cobre pintada negra con un vidrio encima. Sus alumnos han perfeccionado este calentador poniendo en forma vertical láminas de vidrio a fin de impedir se escape el calor. Además vi un horno solar con el cual, mediante una pantalla de aluminio, refracta el sol y se puede cocinar pan o cualquier otro alimento pues llega a temperaturas increíbles.

Como don Carlos Espinosa es un hombre de empuje y de visiones ambiciosas, proyectó instalar un horno solar y un monumental atrapanieblas y destiladora de agua en el Cerro Cristales. Esta abrupta montaña queda al pie del océano y mide más de dos mil metros, en cuya cumbre se supone la niebla se condensa en escarcha.

Con ayuda de Suiza y de otros capitales extranjeros podrán llevar a cabo esta iniciativa que es de varios millones de dólares. Próximamente harán una expedición al Cerro Cristales para evaluar sus posibilidades.

A pesar de ser muy apasionante su conversación, debo irme por un compromiso con mi amigo Andrés Sabella.

El señor Espinosa me dio dos nombres de Memorias:

"Camanchaca: destilación solar en el Norte", por Burgos, y "Diamanx", por Pinilla.

PUKARA DE SAN PEDRO

Siguiendo el río San Pedro, hacia el Norte, divisamos un cerro escarpado y sinuoso con unas cuevas en su cima, pensé que era ahí. El guía, un chico de once años, saltaba y brincaba cual cabrito y sabía tanto como yo. Treparamos el cerro para descubrir un maravilloso panorama que dominaba el oasis.

Explayando la visita hacia los alrededores, aumenta la visibilidad hacia un cerro cercano, todo de piedra laja revuelta y en la cumbre, una ruina. Mandé al guía a confirmar la existencia de alguna construcción.

—¡Hay una casa! —gritó.

Me sentía demasiado cansada, sin resuello y apenas podía respirar. ¿Acaso había caído en el círculo de la puna? Acelerado el corazón, no osé trepar más arriba debido a la fatiga y al avanzado galope de la tarde. Me contenté con tomar algunas fotos desde abajo y constatar la inteligencia de aquellos aborígenes; ellos usaban las más estratégicas alturas para observar todo su valle al borde del río San Pedro que contornea el Pukará.

El Padre Le Paige, con quien conversé posteriormente, me informó que ese pukará es protegido por macizas murallas inaccesibles y sólo una puerta en la base, donde se ubican sus mejores defensas. Según él, esta fue una ciudad que Francisco de Aguirre mandó quemar, después de lo cual todos los indios huyeron. Ese pukará es anterior a los Incas. Y él calcula que albergaba a ochocientas personas.

VIAJE A TOCONAO

Entre San Pedro de Atacama y Toconao, el desierto se convierte en una llanura azafranada a causa de su pasto "ojalad" y el litio, invasores casi hasta el pie de los volcanes que tranquilos delimitan el país.

Toconao, ochocientos habitantes, está construido en piedra blanca canteada. Se divisa a lo lejos un imponente volcán. En la Plaza se yergue una torre bastante fotografiada.

Posee un riachuelo hermosísimo con sauces, colas de zorros y culén. La arena es fina cual sal y sus aguas tibias, deliciosas y cristalinas.

En Toconao hay varios canteadores que se entretienen en tallar figuras propias del lugar y las venden en Santiago como artesanía. Allí, vi huanacos y llamas marcados con lanas fucsia y esmeralda.

La mayoría de los habitantes son mujeres, pues los hombres han debido partir a los centros de producción. Las mujeres cuidan el rebaño, pastorean el ganado, lacean el ovino y el caprino, trasquilan lana, tiñen, tejen al telar, venden su producción, matan sus corderos, secan charqui, y pacientemente esperan el regreso de sus maridos, amantes, hijos e amigos.

Por la noche, las estrellas son colosales, millones de ellas titilan sin cesar, caen aerolitos con profusión pasmosa y una se siente a veces asustada con la sensación de que el cielo te va a arrebatarse.

ANDACOLLO

Esta noche es Navidad. Las olas estallan bajo la luna, se deslizan por la arena revueltas de espuma. Un acordeón chirría su llanto. Canta un sapo junto a las hojas del pangué. Estoy en Reñaca, a la orilla del mar. Hemos tenido un inmenso árbol de Pascua, una infinidad de visitas que debieran ser amigas. Mis hijos me acompañan rosados de felicidad.

Poseer. Todos reciben algo. Cuantos me rodean aprisionan un regalo. Dos brillantes cuelgan de mis orejas y a mí no me interesan los brillantes ni lujos ni el pavo en la mesa ni el auto en la puerta. Yo quiero aprisionar entre mis manos el regalo de Gonzalo Toro: un chincol mecánico, darle cuerda para verlo saltar al lado del minúsculo árbol y del aterciopelado viejo pascuero chino.

Desearía hallarme en la casa de Pedro de Valdivia, entre esas murallas agrietadas, sentada en la dura silla de totora, frente a la mesa usada. Así pobremente, sin mantel, ni cubierto de plata ni cristal en la mesa. Aspiro a ese recuerdo. A ningún otro. La única noche que verdaderamente ha sido Navidad en mi vida. Con esa sensación de derrota, de melancolía, de un repetir me: "he frustrado mi vida", al día siguiente busqué un pasaje para La Serena. Proyectaba un ballet inspirado en los bailes de Andacollo, en su leyenda y en su música. Había creado el argumento y parte de la coreografía la planeé junto a Ruby D'Ottone, quien poseía capacidad para ello. El compositor Roberto Falabella escribió la música.

El tren corría con lentitud en medio de montañas áridas, algunos techos de paja y angostos valles transversales. Verde de higueras, quiscos y sauces.

"Alojaré en La Serena y mañana subiré a Andacollo, así me sentiré descansada". De pronto, alguien dijo:

—En el carro de atrás va un par de pasajeros, descenderán en el Peñón y allí se puede coger cualquier vehículo.

—Yo también bajaré en el Peñón—, le dije a mi vecino ocasional.

—¡Qué locura! El camino queda lejos. Se hallará en despoblado y deberá pernoctar a la intemperie. Además, lleva demasiado equipaje. ¿Cómo podrá llevarlo sola? Difícilmente pasará algún vehículo.

El tren se detuvo en El Peñón y yo descendí, pese a la desaprobación de los pasajeros.

—Ayúdame a llevar la maleta, por favor— le dije a un niño que me aguardaba junto a la casucha de la estación, y me metí en lo oscuro.

Ignoraba dónde pisaba, seguía a los viajeros caminando detrás de ellos. A pocos metros, vi una doble hilera de casas. Junto a un faro frente del retén de Carabineros. En la lejanía se divisaban focos de automóviles, parecían extraviados entre los focos.

—Aquí esperamos— dijo un viajero.

Los carabineros me miraban extrañados.

—Este es el último camión —me advirtió uno de ellos—: obligado a llevarla. A medianoche, estarán en Maitencillo.

Detuvieron el camión y yo me instalé en la cabina junto al chofer. Atrás venían los viajeros.

Pocos minutos pasada la medianoche, llegamos ante una muralla feudal: Un inmenso portón se abrió.

—Deben quedarse un par de horas en Maitencillo. Ahora bajan los carros. Revisemos las vacunas— dijeron los inspectores.

Descendí del camión. Había casas y ramadas débilmente iluminadas con chonchones de carburo. Las gentes ofrecían empanadas y cazuela de ave o cabrito. Sentí hambre. Me senté en una mesa bajo una ramada. Los hombres pampinos, expertos en usar combo, la barreta o cateador, y las mujeres me observaban: nadie me dirigía la palabra. Yo los contemplaba con cariño, deseaba comunicarme con aquel pampino de profundos surcos en su rostro, quemado por el salitre. Le hablé. Impávido. Aquella chiquilla morena, de ojos de gitana y dorada piel india. Callada. La noche continuaba arrebozada por un

vasto silencio. ¿Por qué me empujaban, como si fuera una intrusa, fuera de su círculo y tejían comprensivas miradas de soslayo y aquellos escasos monosílabos de significativo contenido? ¿Actuaban resentidos por un rescoldo de odio contra el extranjero?

Se manifiesta velado, el rencor del gesto, el oscuro resentimiento del explotado por el explotador. ¿Acaso yo era una gringa y debía pagar las limitaciones de mi clase? Fermentaba en mí el deseo de decirles: todos somos iguales, necesito ternura, igual como ustedes, un gesto de simpatía, sólo un gesto. Mis ojos mendigaban por sus rostros huidizos, pero a ellos ninguna tentación de debilidad les dobló su legítimo silencio.

Me incorporé.

"Pasearé años bajo este cielo apenas contemplado". Y tuve la sensación de fallar a la cita de los planetas con el hombre y de percibir la ignorancia del mundo maravilloso que nos circunda. Dejé la luz y me corrí a la sombra del camino. Venían dos hombres... Me detuve. Uno de ellos también quedó inmóvil. (El instinto actúa ultrarrápido y los cuerpos se reconocen a través de ondas ignoradas por la conciencia). Nos separaban unos seis metros. Ninguno de nosotros avanzaba. Nos mirábamos. De pronto él, detenido, abrió los brazos. Sentí sus manos duras y grandes apretarme el talle y su boca me besaba. Percibí el golpe de los saltos del chincol mecánico y mi pobre corazón recuperado. Entre abrazos, besos y murmullos nos susurramos noticias: ambos viajábamos en el mismo camión.

Después de medianoche, seguimos viaje. En lo alto de la montaña viven en pobreza unas hermanas mineras, empeñosas explotadoras de su mina. Las mujeres del Norte poseen tantos surcos en el rostro como huellas en el desierto. La hembra se adapta a su herencia y ella se afina a la faena, trabaja y muere en la heredad de sus mayores. La tradición lo exige así.

A las tres de la , arribamos a Andacollo. A esa hora resultaba imposible subir a la casa de la familia Martínez, mis amigos mineros. Buscamos alojamiento. En vista de la imposibilidad de tener donde estirar los huesos, tratamos de sobornar al cuidador del Hospital del Seguro Social: incorruptible.

—Pero aquí en el Hotel Crillón pueden dormir— y nos condujo a un portón antiguo. Golpeó.

El nochero abrió el pórtico.

—Difícil alojarlos. Se terminaron las camas.

—Nos conformamos con un terreno donde tendernos.

—Pasen —dijo—, pero: cuidado... no pisen a los que reposan.

Por el suelo, yacían unas veinte o treinta personas. La respiración y los ronquidos tornaban pesado el ambiente. El sudor de esos cuerpos mal aseados, vinagres, mezclado a raros olores de polvo de arroz, de cirios y grasa, produjeron en mi estómago bastante repugnancia. Salimos al patio.

—Los voy a acomodar en el parrón. Iré por algo para ponerles en el suelo.

—Sí, sí: eso es. Magnífico.

Arriba, la Vía Láctea cuajada de astros y luceros.

Volvió el mozo con algo que, dijo, extendido en el suelo nos preservaría de la dureza de la tierra apisonada.

Lo miré atónita.

Él, serio, dijo:

—Ya los acomodaré—, y extendió hojas del "Mercurio", colocándolas por el suelo. Reí.

—Cállate —me dijo Gonzalo—, vas a despertar a los del gallinero.

Efectivamente, a escasos metros, al amparo de un rústico techo de ramas desnudas, echada en unos cueros de cordero, dormía una familia.

¡Cuánto cambia la dimensión de las cosas vistas desde el suelo!

Dormir en la tierra áspera, a la intemperie, es una experiencia que todo ser humano debiera conocer. Existe una grandiosidad telúrica viva, una fuerza renovada fluyente de la tierra, transmisora de fuerza y energía.

El sol al alba me despertó. La durmiente del gallinero, con la generosidad propia de su origen, me pasó unos cueros de cabrito. Yo me acurruqué contra mi compañero y me quedé dormida.

Estaba ya alto el sol cuando el mozo nos despertó y nos hizo ocupar un dormitorio. Sentí sed, entré en el patio, ya lo sabía: allí se hallaba una tinaja con agua. Rodeaba el patio una pirca alta de piedras y una arena fina y plumiza cubría la paupérrima tierra. Imperaban sol y silencio. Me incliné y bebí agua en un tarro duraznero. La calma se adentró en mis venas. De súbito, por la muralla del fondo, asomó un globo volando. Era celeste, daba botes en las piedras y luego se levantaba lindo; era muy pesada la atmósfera y sin embargo resultaba sorprendente cómo aquella esfera azul adquiría dinamismo y volaba. Extasiada, corrí y lo tomé en mis manos. Me asomé a la pieza donde reposaba Gonzalo y lo empujé hacia adentro.

El ruido de la pifilca y del tambor llegaba hasta nosotros como una marea. ¡Qué prisa me entró de pronto por trasladarme a la plaza!

El multicolor de las flores y las banderitas de papel picado devoraban la desnudez del pueblo. Un exhibicionista de circo, maquillado y de levita, jugaba con una serpiente en una esquina, mientras los mercaderes ocupaban ya la calle abierta a sus bara tijas, paquetes de chaya y frutas. Las sandías boquiabiertas con sus mandíbulas dilatadas antes los enormes cirios combados al sol. Las casas, las puertas de par en par, aguardaban que el romero dejara su caudal y, tras ventanillas bancarias, los entusiastas capellanes entregaban el correspondiente recibo a los donantes, y si la generosidad la estimaban excesiva, en gratitud, se les obsequiaba grasa bendita: un hediondo unguento amarillo, curativo y milagroso, para dolores surtidos. Luego me enteré de la procedencia de la grasa: es la de los cirios que gotean en el piso. Entonces me regalaron una cajita de lata negra con letras amarillas donde se ve la imagen de la Virgen y la inscripción: "Grasa bendita del Santuario de Nuestra Señora de Andacollo" y aún la conservo.

En la plaza, lenta la bandera chilena ondeaba. Por los senderos descendían los caminantes. Cruzaban ríos, brazos de mar y caminos plenos de espacio. Con mirada de pájaros conocieron los llanos fugitivos. El viento traía como olas el ronco lamento de sus flautas. Desde el alba al anochecer afluían miles de peregrinos andariegos. El pueblo enloquecía de misticismo y superstición.

En la basílica de pino oregón californiano se rezaba la misa mayor. Una muchedumbre compacta yacía por el suelo. Algunos, hincados de rodillas, otros en cuclillas, rezaban en coro. El centro de la nave constituía la atracción máxima, pues avanzaban los penitentes de rodillas con una bujía decorada quemándose en el tiempo.

Al fondo del templo se alzaba la Virgen que costó veinticuatro pesos en Lima (primitiva negra tornada blanca por monjas ignorantes). Ella es la reina de Turbantes, chinos, bailarines, propiedad india auténtica indiscutible, viste un manto bordado con oro andacollino. Ciñendo su cabello, de muertas ya enterradas, se posa la corona. Esmeraldas le abrazan la garganta, esmeraldas colombianas. Su arco de plata maciza, repujada, y las rosas de papel barato fueron encrespadas por desaparecidas indígenas. Sus labios sonríen maternalmente.

La misa tocaba a su fin y la basílica de treinta y ocho columnas, desnuda de bancas, encerada con charcos de esperma, techada con cañas de Guayaquil, comenzó a vaciarse.

Los primeros en retirarse del templo fueron los Turbantes. Llevaban un traje blanco con bandas terciadas bordadas con mostacillas, un gorro en forma cónica, como cucurucho medieval, en cuya punta un pajarillo de mostacillas doradas descansaba encima de un manojo de cintas de colores que derramándose caían hasta la frente. Los seguían cientos de chinos, venidos de Iquique, de Tamaya, de Tambillos, de la Pampa Baja y de Huamalata. La mayoría, de rosado; otros de púrpura, gris, verde, topacio, amatista. Los zapatos de gamuza asomaban entre los flecos de seda del pantalón; fulgía al sol su clásico culero incrustado de espejos redondos, calado, pintado y entretejido con lentejuelas. Sus blusas de seda se hinchaban al viento y sus capas con enormes mariposas adornadas en seda parecían prontas a volar. Llevaban un casquete redondo cuyos espejos y vislumbres al más leve movimiento relucían. Los Danzantes salían después: lucían albos, con sólo una banda celeste terciada al pecho, gorra guarnecida de múltiples collares de oropeles y un tul largo flotante en el aire al caminar. Pieleros con plumas en forma de hojas de palmera hasta pasada la cintura; dientes de animales, flecos y pieles, prestaban al conjunto un ambiente carnavalesco. Las hijas de los pescadores, vestidas de color turquesa, agitaban abanicos de plumas marinas. También estaban allí los peones de la pampa, mineros, mujeres arrebozadas con mantos negros, hasta un diablo engalanado con pedrerías en sus inmensas orejas, sus botas

empabiladas de rojo, su ajustado pantalón albo y una capa floreada de lentejuelas, provocaba la envidia de cuantos lo admiraban. En uno de sus brazos ostentaba una serpiente de cartón piedra y en la cabeza, una máscara diabólica de Oruro. Diligente y devoto, vendía santos y escapularios.

El sol golpeaba despiadado a la muchedumbre dispersada de pronto. Los ranchos y los patios arreglados con improvisadas ramadas se llenaron de peregrinos. Humeaban la cazuela de ave y el cabrito asado. Tentadores huelen la moyaca, los piñonates, los atoraderos y más de una damajuana de guachacay, pese ser Andacollo zona seca. Los conocidos se abrazan, comentan, ríen o se quejan de las noticias profusamente transmitidas. Algunos arreglan sus camas que yacen por el suelo, como gitanos, y el patio amplio, por lo general solitario, se encuentra dividido por cien cortinas floreadas sacudidas al tenue sople andino.

Llegó la hora lánguida del día. Las casas de barro, alineadas se entregan a la siesta. Algún perro cruza las calles estrechas y más de un forastero adosado a un muro toca su flauta. Frente a la casa clerical, chinos y danzantes aguardan el momento de la procesión sentados a la sombra de un alero. Poco a poco, la aldea despierta de su letargo, los romeros inundan la Plaza de la Basílica. Caravanas de peregrinos se cobijan apretujados en el atrio para dominar mejor los saludos brindados por las comparsas a la Virgen.

Un hombre de rosado avanza el primero. Recio, se yergue: es el Cacique Félix Araya. Marca el compás con una bandera chilena. Los Chinos avanzan inclinando el cuerpo y se dan una vuelta. En cuclillas se desplazan en un movimiento colosal y elástico. El Cacique interrumpe el son e inicia su cantar plañidero. Al momento de elevar la voz gira la bandera y el coro repite el estribillo a la usanza incaica: "A saludarte venimos y a sacarte en procesión". Se turnan el son del tambor ronco y repetido, agudas y penetrantes las flautas. Vuelven a bailar al compás de la música. Levantan un pie hacia adelante, caminan cuatro pasos, retroceden. Repiten los movimientos acompasados al aporreo pausado de los tambores. El ritmo se acelera. Se torna incitante la atmósfera, varía la percusión. Algarabía. El Cacique interrumpe la música y reinicia su relato con voz temblorosa y conmovida al igual de los juglares, cuenta los acontecimientos del año que atañen a los miembros de su cuerpo de baile. Se acerca un niño lloroso: es el acróbata de emociones. Abre su jaula de tristezas. Con palabras patéticas socava la veta de pesares olvidados. Nadie entiende, pero todos lloriquean, al parecer, satisfechos. Continúa el baile en una ensordecedora fanfarria monótona de cañas y tambores, contagiosa en medio

de la cual se retiran, bailando y retrocediendo para dejarles sitio a la siguiente comparsa.

Los bailes de los Danzantes, Chinos, Turbantes, Pieles Rojas, Andacollo, Illapel, de la Estrella, Diagueta, Dragón Rojo, Santa Cruz, La Cantera, etc., llenan el ámbito con sus danzas al compás de las flautas, pífilas, aporreo de las cajas y lamentos de acordeones. Sólo escapa a esta monotonía la única nota alegre de los pitos y las guitarras del baile de la Payita. Siguen afluyendo las comparsas con sus jefes, correctores y bailarines. Tremolante el trapo tricolor. Se agudiza el argumento incesante de súplicas, sollozos lastimeros, perdones e insultos.

Se reinicia la danza, lentamente en curvas ágiles. Se acrecienta el ritmo. Los collares en los sombreros danzan. Luz en las pupilas, danza. Espejos en los culeros, danzan. Blusas empapadas de sudor, danzan. Pies andariegos, danzan. Espíritu americano, danza. Idolatría nativa, danza. Culto de auténticos adoradores. Americanos. Energía ancestral, vitalidad poderosa.

Otras comparsas arriban y el saludo se prolonga infinito. De pie, un acólito de mirada siniestra, vestido íntegro de negro hasta los guantes, los aguarda con una cruz en la mano, obligando a los devotos besarla para concluir así el rito.

Las campanas sacuden el delirio popular. Comienza la procesión. El mayordomo eleva el crucifijo. Los monaguillos portan dos faroles. Detrás el Estandarte, el Quitasol (regalo del Gran Emperador en doble fila, las comparsas aguardan impacientes el comienzo de la carrera que le ofrecerán a la Virgen. Ávidos, observan la puerta de la basílica. Las campanas redoblan su son. Sale el anda de San Isidro Labrador. El santo ancestral, el invocado. La esperanza de las tierras estériles. El maná del desierto... Anhelante, un hombre pétreo dice sin mover un solo músculo: "Las semillas no germinan y las bestias se mueren. Te doy mi vida en cambio..."

¿Por qué el hombre ante los hechos ineluctables clama por las fuerzas divinas y se ofrece en holocausto?

Le suceden el Patriarca San José, sin despertar atracción; el Niño Jesús, los sacerdotes, y en último término, la Virgen.

Como tocadas por un sortilegio, aquellas interminables hileras de

bailarines se animan, transfigurándose en magos de la danza. Los Chinos se inclinan, se yerguen, estiran sus elásticas piernas, las encogen, se encucillan, se incorporan, desplazándose varios metros hacia los lados en un impulso de superación. Los Turbantes en un escobilleo rápido, sólo bailan los primeros de la fila y a una señal de las Espadas son reemplazados por los de atrás. Saltando de uno a otro pie alzan y descienden cadenciosamente sus instrumentos. Primero con lentitud se empinan y enderezan, luego más y más rápido aceleran el ritmo hasta volverlo obsesivo. Los Diaguitas avanzan siete pasitos para atrás, cruzan los pies, forman un astro. Sacuden un pie, hacen círculos, estrellas, se entrecruzan, retroceden. Siguen los movimientos al compás de sus propios instrumentos. Confundidos, producen un colectivo entusiasmo. Los abanicos de sándalo, al lado del Obispo, de regia capa morada, reza el rosario coreado por sacerdotes enarbolando banderas y pesares. Sudorosos, exhaustos, se adelantan los hombres transportando la maciza y pesada mole de plata de las andas de la Virgen. Es el momento cumbre. Flamean los estandartes junto al rostro de la Señora. Los tamborileros, dominados por una locura arcaica ejecutan cabriolas trazando círculos en el aire. Tocan sus instrumentos debajo de las piernas mientras bailan, o afirmándose en la palma de la mano realizan un enorme vuelco para continuar bailando. Lluve una lluvia de chaya hecha de multicolores papeles picados y pétalos de rosa lanzada desde un avión, cosa perturbadora. Se acelera el ritmo. El sudor los empapa. La exaltación se torna inconsciente. Los ruidos agudos y monótonos impulsan a un entusiasmo febril. Plegarias acuchillan la tarde mientras flautas ululan en el crepúsculo. Prosigue aún por largo rato el impetuoso rito hasta al regreso de la Virgen a su casa. Las comparsas sin cesar tocan sus instrumentos y a una orden del Cacique se retiran.

Bastante impresionada por aquella delirante exaltación, me voy tras el Cacique Félix Araya. Hombre alto, corpulento, ya viejo, pero aún vigoroso. En votación, fue elegido por los jefes del baile. Cumplió sesenta y cuatro años de servicio, lo acompaña Camilo Díaz Rojas, su ayudante y General de los Bailes. Me muestra el Libro de Barrera donde anotan los bailes participantes en Andacollo. Me cuenta la leyenda. En 1585, un indio minero comenzó a cavar un hoyo profundo y descubrió una Virgen que le dijo: "Anda, collo". Prodújole tal alegría el hallazgo que se puso inmediatamente a bailar y con él cuantos la vieron. Por eso desde entonces, se guarda la tradición india. La virgen original se quemó y ésta, traída de Lima, la reemplaza.

El Cacique me ofrece un refresco y me invita a pasar al cobertizo donde yacen apretujadas las familias de los bailarines del Obispo. El Cacique se

muestra orgulloso de haber conseguido del Obispo la construcción de esa especie de pesebre.

—¿Qué les ofrecen? ¿Comida?

—No, señora. Nos regalan un cuarto de grasa milagrosa de la Virgen.

Algo me ahoga y me retiro quedando muy amiga del Cacique Araya, ese hombre afable y bondadoso.

Regreso a la plaza donde los vendedores de esperanzas se multiplican. Pregonan santitos para el amor, para la plata, los objetos perdidos: ahuyentan el mal, conservan la salud y el trabajo. Otros consiguen lo imposible, sirven contra los malos maridos y para que nunca falte pan en la casa.

Entro en la pequeña iglesia de piso desnivelado. En las salas de exposición llenas de vitrinas observo las pupilas de perla en los ojos de plata, los collares, relojes, aros, pulseras, prendedores, brazos, corazones, manos, pares de piernas, pies, jarros, medallas de plata u oro con placas de agradecimientos de los donantes.

En una placa de mármol leo: "Gracias te doy, Madre mía, por mejorar mi caballito", y figura una foto de la agradecida con su caballo. En la mesa central se exponen barcos, trenzas de pelo, vendajes, zapatos de niño, etc. Trajes de seda bordados con oro y miles y miles de objetos recordatorios.

Salgo agotada de ver tanta placa y me dirijo a los telones para fotografiarme. Ya, en viajes anteriores, me había retratado con el profesor Juanito Uribe que me acompañó a La Tirana. Con el mismo profesor visité la mina de Las Tres Perlas.

Los Martínez, mis amigos, donde alojaba en cada viaje, dueños del trapiche y de varias minas de Andacollo, me habían relatado que en una ocasión una mujer les solicitó visitar Las Tres Perlas. Al principio, se negaron, pues según la leyenda, traería desgracias semejante intrusión, pero sea porque quiso complacer a la mujer, accedió. Con tan espléndido resultado que al cabo de escasos días, Las Tres Perlas produjo cinco kilos de oro. En aquel momento la veta, floja, mermaba. Así, al demostrarles mi interés, los mineros reían.

Descendí por unos peldaños de madera que pronto dejaron de existir, proseguí luego arrastrándome por el socavón oscuro y sin defensa en sus muros. De trecho en trecho, un poste afirmaba una viga malamente acomodada. La lámpara que me cuelga del cuello apenas ilumina mi rostro. El aire, sofocante, se hace irrespirable, cansador y espeso. El caminar incierto y también, ¿por qué callarlo? peligroso. Si uno se desplaza más de lo conveniente corre el riesgo de caer en un pique profundo y con seguridad se pierde. Estoy a cincuenta metros bajo tierra. A ratos, oía un sonido sordo del pirquinero. Me sentía rendida. De regreso a la superficie confieso que mis piernas temblaban, quebrantada por el tremendo ahínco y la falta de oxígeno.

Pues bien, minutos después de conocer Las Tres Perlas fui a El Culebrón, una mina de cobre. Al mismo tiempo que llegábamos a ella, se detuvo una camioneta y descendió un hombre con trazas de funcionario.

—Realizo la visita anual —dice el inspector—. Formalidades. No es para inquietarse.

—¡Naturalmente! —exclama el dueño de la mina—. ¿Piensa bajar?

—Sí..., algunos metros. ¿Camina mal...? ¿Dónde está el capataz?

—Bajó al pique. Espérelo. Saldrá pronto.

—¿Arreglaron los durmientes del año pasado?

—Por supuesto. Se ensanchó el túnel...

—Y los extractores de aire ¿consiguió instalarlos?

—Aún la Caja de la Pequeña Minería no los importa. Me tramitan. Primero los traían a un precio preferencial, luego doblaron el precio y nadie los pide. Debieran otorgarnos créditos, garantías... en otra forma tampoco nosotros podremos cumplir...

—Porque el año pasado ustedes ya estaban fallando. Las condiciones de trabajo son inseguras... subhumanas... Incomprensible que no declaren la huelga. Estos mineros trabajan sin protección de seguridad.

—Les compré cascos, tubos de oxígeno para suplir en caso

necesario.

—Pero, dígame ¿tiene un equipo de protección por cada minero?

—Imposible, inspector. Nos niegan un cambio preferencial así que todo nos sale prohibitivo. Yo quisiera disponer de un equipo moderno en la mina a la altura de la técnica. Imagínese el rendimiento. Estaría millonario. Pero la ayuda es mínima; la extracción, arcaica y seguimos obligados a aplicar un procedimiento colonial.

—Por lo visto —decide el inspector— estoy obligado a bajar.

En eso, asoman unos ojos de cururo, pequeños y brillantes. Era un niño de doce años, de firmes piernas, moreno, de ojos redondos y mirada triste. En sus hombros cargaba un capacho de cuero que contenía el pesado material de piedras para la molienda.

Este espectáculo macabro de un niño enajenado por un trabajo de bestia, un niño minero que en vez de estudiar, jugar, saltar al aire libre y al sol, se corroe el pulmón con el aire viciado y el ejercicio extenuante, subsiste en la pequeña minería.

Así como él, en este delirio colosal por suplantar la máquina de extracción comienzan su vida la mayoría de los mineros que raramente llegan a viejos, pues el mineral exige una faena propia de colosos que viven y mueren ignorados entregándoles a las compañías o a los dueños de las minas su férrea vitalidad.

Al cabo de tres días de intrusear por el circo de Andacollo, las ventas, el convento, los albergues, nos marchamos hacia el océano.

LA SERENA

La Serena sigue dulce, amplia y serena. Los papayos, la flor del Inca y los patios antiguos le confieren señorío y mansedumbre. El estilo español con que la selló González Videla corresponde a la expresión de un retrógrado que subestimó la arquitectura de su época. Es absurdo que en la época del "brisse soleil", del genio de Le Corbusier, de Van der Roë, de Neutra, de Niemayer, un gobernante haya elegido construir una ciudad colonial. En fin, pudo planearse peor, aunque la considero bastante chata, provinciana y aletargada.

La Pampilla pertenece al sector de las quintas de papayos, donde conocí a cinco hermanas altas, rubias, fornidas, hermosos ejemplares de la raza germana, que administraban una quinta. Al llegar me preguntó una de ellas si iba por papayas o mariscos.

La interrogué:

—Soy hombre rana —me respondió.

Y me mostró los inmensos erizos extraídos desde el fondo del mar.

Quedé sorprendida por su tamaño: veintitrés centímetros de diámetro, iguales o mayores que los de Carelmapu.

Poco a poco fueron apareciendo las demás hermanas y los hermanos.

—Aquí tenemos nuestro equipo —y me mostraron los trajes de goma verde, los depósitos de oxígeno, las aletas y las máscaras.

—¿Y todas practican la pesca submarina?

—Todas. Venga con nosotras, le enseñaremos.

Me asusté. Mi frágil cuerpo subdesarrollado ante gigantas: Allí,

cuanto veía resultaba exuberante: las muchachas, los erizos y las papayas.

Se subieron a un jeep con los equipos y yo me despedí agradablemente impresionada: eran sanas, alegres, libres, formidables mujeres bonitas y, además... ranas.

Por supuesto, ¡hay que tener antojos! Y para eso se ha nacido regalona, caprichosa y testaruda.

Quería conocer al artista que fabricaba las primorosas cajitas de conchas. Fui a la estación de Coquimbo: nadie. Debí aguardar que llegara un tren para hallar a un hombre vendiendo un corazón. Estas cajitas las confeccionan en cartón forrado e incrustadas con conchitas que forman flores pintadas en amarillo, verde y fucsia; al lado de las flores ponen medias lunas de concha perla, de caracol y espejitos. Las hay rectangulares, ovaladas, redondas, corazones. Me costó bastante ubicar a la artista. Habitaba el barrio del cerro más pobre y sórdido que he visto en Chile, se llamaba Elba Céspedes y vivía en Portales 118.

Le extrañó mi visita y mi entusiasmo, habló de su arte como si le fuera ajeno, a pesar de ser la única que lo ejecuta en Coquimbo. Le escribí varias veces, sin obtener respuesta. Siempre pienso que nada realicé por ella. El artista popular y espontáneo debiera recibir protección del Estado.

Trepamos a un autobús destartalado que nos llevó a La Herradura.

Junto a un cementerio cercado por ciprés macrocarpa, donde reposan el sueño eterno ingleses, irlandeses y notables marinos de varias latitudes del planeta, visitamos un balneario antiguo, de madera, con su restaurante y sus cabinas para desvestirse.

Caminamos por los arenales hacia el otro extremo. La bahía mansa, las olas suaves y acompasadas, los yates despliegan su velamen. Compramos machas y las comemos crudas hasta hartarnos. Tomamos una foto: sólo manos y pies. ¿Por qué las manos y los pies? Las extremidades de nuestros cuerpos que atesoran su propio lenguaje, su hilo secreto, su oculta verdad.

Nos sorprende un edificio moderno a medio sumergir en el mar. Es el yatching. Inhabilitado, mientras tanto lo destruye el moho. Seguimos caminando La Herradura hasta el exhumado gran mamut, monstruo marino,

terror de las bestias menores, que dejó sus huesos fosilizados a la orilla del mar como testimonio aplastante de que el lapso de la vida humana es fugaz.

Imposible resistir la seducción del agua y heme allí sumergida entre ola y ola gozando de la tibieza de un mar delicioso, plácido y pasmosamente leal.

Al regreso nos detuvimos en Guayacán, playa arisca de tosca, pedregosa arena con múltiples cuevas. Existe una nutrida leyenda de esa ensenada. Filibusteros y piratas fueron asiduos visitantes, uno de ellos: Drake en el siglo XVIII.

Pasamos por la admirable carretera que corre cerca de las casas de pescadores, casas de colores suaves, y la tierra (otrora pantano, rescatada en el gobierno de González Videla) gozan de lujuriosa agricultura.

Sin titubeos, nos dirigimos al Museo Arqueológico de La Serena, el más interesante, ordenado y digno de elogio que conozco en Chile. A la entrada han puesto dos petroglifos y en el interior, en vitrinas bien catalogadas y limpias, se exponen muestras de la cultura diaguita. Cacharros, 'keros', tabletas, collares, peinetas con dibujos abstractos, las figuras zoomorfas se multiplican con una imaginación y una habilidad insuperables. Maridaje entre ingenuo y desatada distorsión de la realidad, creadores innatos con vital potencia.

En aquella ocasión, fui a Vicuña y visité la casa que, me dijeron, había sido de Gabriela Mistral. La encontré no sólo muy deteriorada, sino también ajena a todo cuidado.

A la hora de comida, en el Hotel Hernando de Aguirre, se sentaron con nosotros Roberto Rivas junto a su señora y una amiga. Cuando nos íbamos a parar de la mesa, Roberto Rivas, a quien yo conocía poco, sólo como martillero público, llamó al maître y le dijo:

—Mire, usted: debe disculparla —y me miraba a mí—, cultiva hábitos un tanto estafalarios, a pesar de ser una mujer que no sufre necesidades —y me señalaba—: es cleptómana.

El 'maître' sonreía. Yo, muda de estupor, lo miraba.

—Devuelve los cubiertos que escondiste —me dice.

—¡Qué cubiertos! —exclamo, y ante mi increíble sorpresa, Roberto empieza a sacarme de la chaqueta, de la cartera, de debajo del brazo, de la melena, una infinidad de cucharas y tenedores.

De las mesas vecinas la gente me miraba escandalizada. En el primer momento, ni el maître ni yo comprendimos lo que sucedía. Roberto, diestro y rápido, comenzó a extraerle al propio maître, de sus bolsillos, toda clase de afeites femeninos, como rouge, polvera, pañuelos de encajes.

COPIAPÓ

Abril de 1992.

Nunca he estado más melancólica y quebrada, era tal mi estado anímico que ni siquiera podía pensar, lloraba enmudecida durante tres meses hasta que, desesperado, mi hijo, el único que me quedaba, buscó una mujer para que me acompañara y me fuera lejos.

—¿Dónde quieres ir?

—A ningún sitio, pero tal vez me sentara bien Copiapó.

Jamás lo he conocido.

A mis primas hermanas de apellido Roa Matta siempre les oía hablar del Norte, pues mi abuelo español Enrique Nieto Otero, al enviudar, había contraído segundas nupcias con Consuelo Matta, y con ella tuvo al "conchito": Enrique Nieto Matta.

Mi madre, disgustada seguramente por esas nuevas nupcias, resentida, susceptible, no gustaba de su madrastra pero sí, de su hermanastro.

Me sacaron pasajes en un bus y después del mal dormir, amanecimos en Copiapó con los pies alzados sobre el respaldo de mi vecino.

Llegamos a Copiapó, rodeado de viñedos, a una plaza frondosa con pimientos colosales, ese ramaje me refrescó con su nocturno airecillo.

Incapaz de reaccionar, seguí a mi acompañante con sumisa obediencia para llegar a Caldera, bahía donde flotaban barcos, lanchones, remolcadores, cúter de carga, petroleros, carboneros y algunos yates.

Un muelle de madera dividía la playa.

El automóvil nos condujo cerro arriba a lo alto de la bahía y

entramos a un departamento horrendo. Me tiré sobre un colchón y comencé a sollozar.

Al siguiente día, fui a Bahía Inglesa, una playa extensa sin atractivo alguno. Por suerte mi hermana me había pedido fuera a visitar a una amiga suya, Sofía Sayajo, y me anotó sus señas. Me armé de valor y golpeé una casa espaciosa, frente a la playa de Caldera, con cierto esplendor de antiguos tiempos.

Sofía misma me abrió. "Es encantadora", me había dicho Carmen. La puerta olía a alcanfor; en los muros, espejos dorados; un piano de cola; colgaban lámparas de cristal; cortinajes de brocato; en el piso, alfombras de Esmirna. Me pareció una casa suntuosa.

Ella era fina, joven, sencilla y buenamoza. Por primera vez me sentí a gusto. Una claraboya blanca, un salón secreto, soleado.

Desubicada, sólo sabía que era la mujer de Ernesto Murillo.

Esa tarde llegó de visita a verla una amiga, conversadora, amable y distinguida como la dueña de casa. Todo era discreto, respetuoso. Después de un rato me despedí y me quedé pensando en Copiapó.

Medio aturdida, me despedí.

A mi arribo, conversé con mi prima María Ester Roa Nieto quien puso en mis manos la historia de Copiapó, entonces comprendí que aquella Sofía Sayajo era copiapina, nieta del historiador Carlos María Sayajo, autor de la "Historia de Copiapó".

Lo leí fascinada y por él supe algo de Manuel Antonio Matta, Juan Godoy, Jotabeche y los hermanos Gallo. Después completé esos datos leyendo la Historia de Chile de Francisco Encina, resumida por Leopoldo Castedo.

Es apasionante la vida de los tres hermanos Matta y de los tres Gallo. Dueños de valiosos minerales, tenían posiciones progresistas. Fueron los fundadores del Partido Radical en 1858.

Se cuenta que el rico minero don Miguel Gallo solía pasar por el rancho de la india Flora Normilla a descansar un rato. Ella acostumbraba a ofrecerle un tentempié. Quiso hacerlo partícipe de un secreto, pero él no le

prestó atención. Después ella murió dejando un hijo fuerte y sano llamado Juan Godoy que se dedicaba a acarrear leña en el ingenio de Chañarcillo. Más de una vez, se le apareció la difunta madre al joven, revelándole el sitio donde se hallaba un rico mineral de valor incalculable; este secreto sólo podía hacérselo saber a don Miguel Gallo. (Tiempo después, Juan Godoy descubrió el mineral.)

José Joaquín Vallejos, famoso por su seudónimo de Jotabeche, dejó inolvidables artículos de costumbres, algunos dedicados al breve fulgor y rápida muerte de ese fabuloso mineral. En su artículo "Mineral de Chañarcillo" (El Mercurio 02.02.1842), habla del pueblo llamado Placilla, formado en el centro del mineral, donde los mineros van a solazarse de noche. El juego, el amor, el ponche y todos los vicios, dice Jotabeche, los llevan a consumir en una hora "el producto de su trabajo y el valor de las piedras que en conciencia se ven obligados a quitarles al patrón para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos". Dos días después, en "Los descubridores del mineral de Chañarcillo" (El Mercurio, 04.04.1842), cuenta la historia del burrero Juan Godoy, inmensamente rico de la noche a la mañana y a los pocos meses, más pobre que antes: "¡Desgraciado! ¡Ni borricos tenía...!" Triste es el fin de los deslumbrados por la plata del mineral: "Cuando vengan de Copiapó a visitar sus faenas, como cuatro cuadras antes de llegar a la capilla de Tierra Amarilla, entren en una pobre choza que está a la izquierda, en la orilla del camino real. Una madre con siete hijos pequeños, no diré viven, yacen en ella. Es la familia de un descubridor".

Manuel Antonio Matta nació en Copiapó el 27 de enero de 1826. Tenía dieciocho años cuando lo mandaron a estudiar a Europa, estuvo en Francia y Alemania y se dedicó a estudiar la filosofía de Kant y Hegel. Fue diputado por Copiapó en 1855. Construyó el ferrocarril de Copiapó a Caldera. La muerte de su hermano Felipe Santiago y el descalabro de su cuantiosa fortuna lo forzaron a radicarse en Copiapó.

Su hermano Guillermo Matta fundó junto con Vicuña Mackenna la Sociedad de Instrucción Primaria, en 1856, comenzando por Santiago, Valparaíso y Concepción. Esto tiene un tremendo significado, porque en aquel tiempo, se calcula había doscientos quince mil niños, de los cuales sólo veintitrés mil recibían enseñanza elemental. Guillermo además fue enviado a Alemania e Italia como Ministro Plenipotenciario.

Entre los fundadores del Partido Radical, sin ser antirreligiosos, se desarrolló el anticlericismo y se despertó una ancha hostilidad a la Iglesia y los futuros radicales; con los Matta, los Gallo y Recabarren pelearon: la Unión

Católica, por un lado, que afirmaba el derecho a voto pertenecería a los de mayores egresos y los radicales sostenían que ese derecho sólo correspondía a quienes sabían leer y escribir. En 1862, se concretaron las aspiraciones radicales en cuatro puntos básicos:

- 1) Reforma de la Constitución.
- 2) Enseñanza laica.
- 3) Descentralización Administrativa y
- 4) Libertad Electoral.

Manuel Antonio Matta defendía el americanismo y el respeto por los principios. El Partido Radical contaba con el apoyo del diario "El Deber", de José Francisco Vergara Etchevers, fundado en Valparaíso, en 1875.

La revolución de 1859 es el fruto de la lucha por el poder de grupos antagónicos, pero con comunes intereses económicos en un país dominado tradicionalmente por los dueños de la tierra. Sin embargo, sus antipatías y prejuicios se tornaron virulentos.

Benjamín Vicuña Mackenna, que había participado en la revolución de 1851, bajo la conducción de Santiago Arcos y Francisco Bilbao, donde también participaba Manuel Recabarren. Ahora el mismo Vicuña Mackenna, Angel Custodio Gallo, Manuel Antonio y Guillermo Matta e Isidoro Errázuriz firmaban una proclama exigiendo la convocatoria a una asamblea constituyente, por considerar la Constitución de 1833 responsable de todos los males que afligían al país. Este fue el pretexto para el establecimiento del estado de sitio y los de la proclama fueron considerados sediciosos. Manuel Antonio y Guillermo Matta, Angel Custodio Gallo y Vicuña Mackenna fueron detenidos y luego expatriados. Otros fueron desterrados a Magallanes. Más tarde estalló la revuelta en varias ciudades: San Felipe, Valparaíso, Talca y Concepción. Fracásó el movimiento en estas tres últimas. En Copiapó fue proclamado intendente don Pedro León Gallo. Contaba con su propia fortuna y la de su madre, quien la puso a disposición de su causa. Armó inicialmente a setecientos hombres. Era dueño absoluto de la provincia de Atacama y aun disponía de tiempo para organizar un verdadero ejército que llegó a tener unos mil cuatrocientos hombres armados.

Gallo se dirigió a La Serena, se tomó la Quebrada de Los Loros con sus hombres y comenzó el combate contra las fuerzas gubernamentales, cuyo jefe Silva Chávez dirigía a mil seiscientos soldados. Los mineros conducidos por Gallo combatieron como héroes. Dicen que hasta silbaban balas de plata.

Pronto arrojaron los fusiles y empuñaron los corvos. Al medio día, las fuerzas del gobierno huían de Coquimbo abandonando a muertos, heridos y la artillería. Poco después entraba Gallo con los suyos a La Serena aclamado por los entusiastas pobladores.

En el resto del país el ejército fue derrotando a todos los sublevados. Gallo seguía organizando su ejército, pero se le estaban agotando los recursos materiales; sólo pudo armar a mil seiscientos infantes. El general Juan Vidaurre comandó las fuerzas del gobierno. Luego de arduo combate en Cerro Grande, venció al ejército de Gallo. Meses más tarde, Vidaurre fue asesinado cuando se celebraba una ceremonia religiosa con motivo de las fiestas patrias. El asaltante, Lorenzo Valenzuela, fue fusilado el día de los funerales de Vidaurre, en medio de bochornosas manifestaciones de histeria colectiva.

REFORESTAR EL NORTE CHICO

David Baytelman, reconocido experto en materia agrícola, planteó en la CORFO numerosas medidas de revaluación de la tierra; algunas de ellas se comenzaron a llevar a efecto. No olvido las plantaciones de claveles del Desierto de Atacama; de éstos, me llevaba David de regalo. Él falleció después de su retorno del exilio, tras años de ausencia y de haber sufrido un trágico accidente.

Ahora, me pregunto, que será de los experimentos en el Desierto de Atacama, de las plantaciones de papayos en la quebrada del Norte Chico, de las tierras erosionadas. ¿Se habrán plantado esos bosques de pino para recuperar el suelo perdido por la desidia y el desinterés de nuestros gobernantes? ¿Por qué no plantar enormes bosques de quebracho, ese árbol rico en tanino para curtir cuero? ¿Por qué no se sustituye la cabra por la llama? La llama sólo come lo visible de la vegetación sin destruir la planta. ¿Por qué no se aplica un experimento para conseguir una hibridación que permita hacer más sabrosa y tierna la carne de llama, experimento similar al realizado con otro tipo de ganado?

Se debieran facilitar fondos a los habitantes del Norte Chico para reforestar su predio o entregarles ovejas caracul para un moderno criadero (como lo hizo mi amigo Hermann Riegel); lo mismo podría realizarse con chinchillas. Pero, claro que no. Nada de esto se hará. Yo soy una señora que sueña desde su cama, aunque a menudo he salido de mi casa a sembrar lupino y a cosechar mosqueta para hacer mermelada.

Me consolaba el programa de Biología Marina de la Estación Oceanográfica de Montemar, Universidad de Chile. Ojalá algún día puedan efectuarse el resurgimiento de la pequeña minería, el programa pesquero y la reforestación del Norte Chico, sin eso...

HUASCO

Para un Primero de Noviembre, fui con una amiga a conocer Huasco.

Allí en unas piedras percibimos grabados petroglifos, pinturas rupestres, donde se veían extraños animales con las cabezas, adornadas de turbantes de plumas.

Era el Día de Todos los Santos, con mi tocaya nos dirigimos al cementerio, donde aguardaba una muchedumbre de mineros llevando algunas flores naturales, pero las más eran de papeles de colores.

Los vendedores ambulantes alborozados ofrecían refrescos, maní, helados.

Nunca he pisado un cementerio más feliz. Regocijada la gente se saludaba entre sí. Reían, daban la impresión de no verse a menudo, tales eran sus espavientos demostrativos de satisfacción. Se abrazaban, se besaban, se palmoteaban.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —se decían.

—¡ Después vamos a celebrar este acontecimiento!

Algunos tristes dolientes se abstenían de participar, pero la mayoría se plegaba al júbilo, a la exaltación del alma gozosa, inspirada.

Llegaron ciclistas, otros cabalgando con garrafas escondidas. También avanzaban carretelas con evangélicos acompañados de sus arpas entonando un ¡kirieleison!

A alguien se le ocurrió lanzar un globo y todos pretendían atraparlo, amarrarlo, pellizcarlo, reventarlo, mas el globo se escabullía.

Sentí deseos de gastar, de comprar flores, pero nadie ven día, sólo ofrecían caramelos, entonces los compré y los derramé sobre las lápidas vacías, sobre las tumbas sin deudos y llamé a los niños que deambulaban y comenzaron a comerse las golosinas. Llegó una enormidad de niños —tal

como vi a otros en Valdivia comer nalcas al lado de los sepulcros—, y se alegraron. No faltó quien nos recitara y otros cantaron. (En el cementerio de La Paz ponían deliciosos manjares y los acompañantes de los deudos rezaban y comían).

¡¡¡Libertad!!!

¡Gloria!

¡¡Hosanna, Hosanna!!

No cesaban de esparcirse relajándose; tal vez ninguno escuchara, pero les era imprescindible parlotear.

Nosotras entramos a la fuente de soda "El Tiburón", especie de bar junto a clemátides y un jazmín en flor. Un compadre entrado en años nos contó que fabricaba balsas con cueros de lobos de mar (¿acaso toninas?) y las cosía con espinas de cactus.

Como era grande la mesa, se fueron agregando otros y pronto deduje que eran mineros.

—¿Qué tal anda El Indio? —preguntó uno.

—¡Qué lindura! ¡Elqui ha progresado muchísimo!

—Si no fuera tan frío el amanecer que te lacera los labios reseco hasta hacerlos sangrar. Las manos se me agrietan y no me las protegen ni los mitones. Allá aúlla la escarcha y el reverbero es como paliza de buenos días. Y del verano...¡Uf! ¡Vaya con el calorazo!

Su compañero, alto, enjuto y risueño, dijo:

—Y pensar que desde todo el territorio aflora el encuentro con los muertos. Ese lazo comunicante nos hermana. Como una telaraña surge de la madre tierra...

—...la misma que nosotros horadamos —lo interrumpió el otro— hurgándole el mineral secreto. Ahí, en su misteriosa arteria está el poder de la

riqueza codiciada por el extranjero...

—¿Cuántos miles irán a sus arcas mientras nosotros gateamos por los túneles cateando el filón, metidos en el sondeo, escudriñando la cueva, haciéndole el quite a la explosión?

—...ya no quedan ociosos aquí... Casi toda la gente se ha ido a El Indio.

—Que se te atajó el montacargas en la galería transversal: vayan investigando rápido. Y uno, el imbécil, corre. ¡No vaya a haber un compañero atrapado!

Un gordinflón escuchaba con mansedumbre la conversación y sin poder reprimir los irresistibles deseos de participar, exclamó:

—Y fíjate: ¿Cuántos volcanes hay? ¿Cuántas minas habrá en este país? ¿Cuántos mineros?

—¿Cuántos explotadores?

—¡Cuáaantos!

—Y nosotros, ¡dale y dale!

—Si te entra la silicosis, te embromas. Hay que usar máscara. Sin eso, no recibes oxígeno y se te endurece el pulmón.

—Esa es la cuestión.

—Para refrescarte tienes pisco y una bebida terminada en cola ¿Sabes por qué? Porque te desconecta de la realidad. Es el paliativo.

—¿Y cuál es la alternativa?

—... ya ve usted, antiguamente nos rondaba la sífilis, sin embargo se terminó...

—La vida es muy linda, pero hay que tener coraje con tando Sida amenazando por todos lados. ¡Qué julepe!

Notas:

(1) "Raquel devastada" apareció en Editorial Universitaria, 1959.

(2) Fuentes: Mario Cánepa Guzmán: "Cuando Sara Bernhardt estuvo en Chile". El Mercurio".

Luis Gálvez Vigoroux: "Sara Bernhardt peregrina del arte". "El Mercurio".

(3) Marcelo Segall: "Biografía de la Ficha Salario"

Otras fuentes:

Carlos María Sayajo: "Historia de Copiapó". Editorial Francisco de Aguirre S.A. Buenos Aires - Santiago

Francisco A. Encina (resumen de Castedo): "Historia de Chile", Zig Zag, 1956

José Joaquín Vallejo (Jotabeche): Antología.